

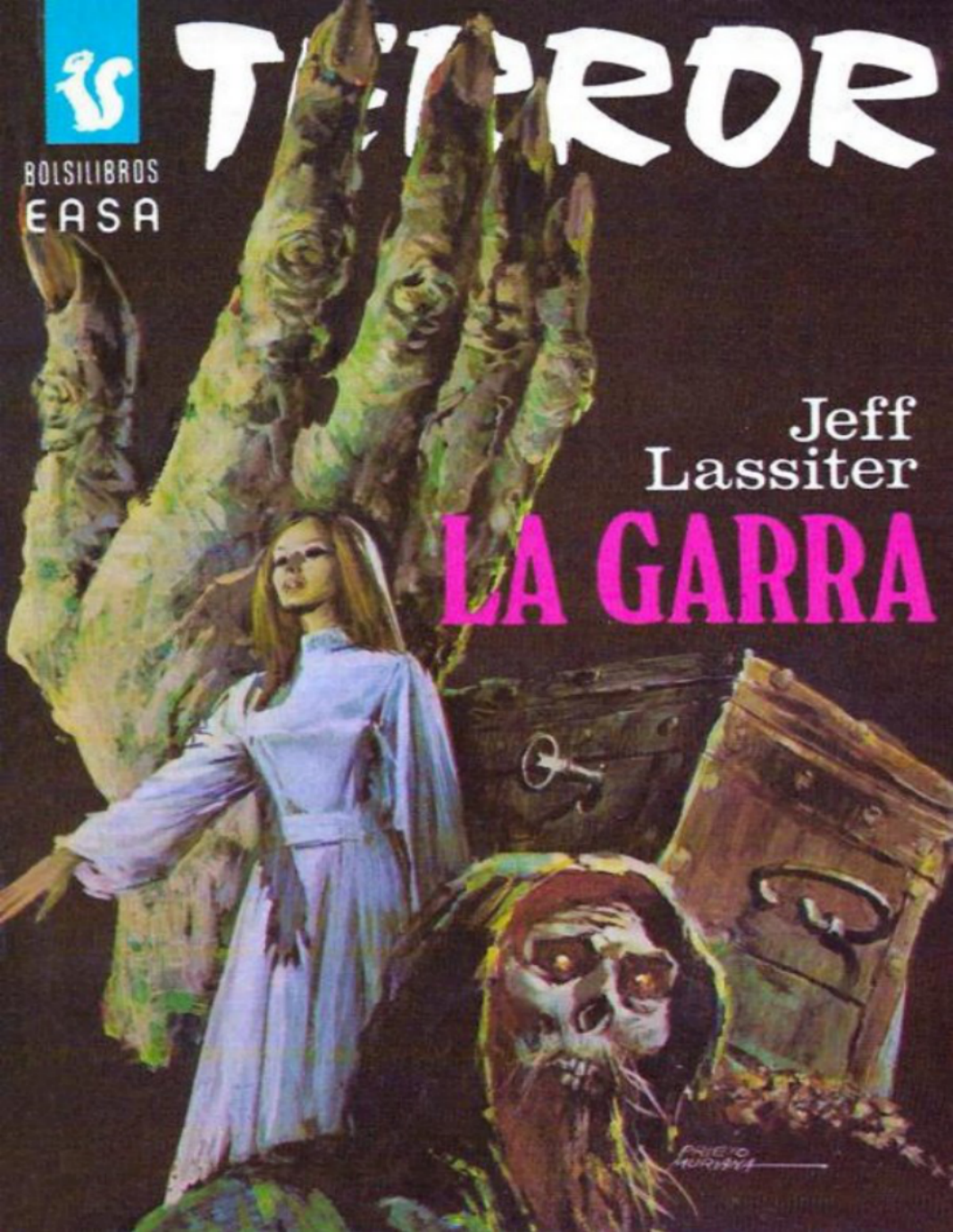


BOLSILIBROS
EASA

TERROR

Jeff
Lassiter

LA GARRA





TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

©JEFF LASSITER

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-02814-9

Depósito legal: M. 41.673 - 1980

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

LA GARRA

Jeff Lassiter

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

Ǝ

SE tío está loco. Ni regalada la quería yo...

—Allá él. Ya se sabe cómo son esos americanos...

—Os apuesto diez escudos a que no tarda ni un mes en morir, ya lo veréis...

Aquellas, y otras frases parecidas, podían escucharse en las retorcidas calles y las tabernas de Outeiro d'Alem, tanto a las mujeres como a los campesinos y los pescadores.

Aquel era un pueblo hermoso, pequeño y perdido en la costa de la Extremadura portuguesa, en algún punto entre el cabo de Roca y la península de Reniche. Solo comunicado con el mundo por una pésima carretera entre montes y bosques, habitado por unos cientos de familiares —pocos— vivía del mar y de la tierra, más del primero que de la segunda, y malamente. Vivían como hace un siglo, pues la mayor parte de las casas no tenían luz eléctrica y no digamos agua corriente u otros lujos así.

El motivo de todo aquel agorero revuelto era un hombre, un extranjero y la compra que había realizado.

Incluso el notario de la cabeza de partido, que desde luego no compartía las supersticiones campesinas, se creyó en el deber de avisárselo, entre bromas y veras.

—Hace setenta años que está deshabitada, nadie de la región, por nada del mundo, pasaría la noche allí. La verdad es que, aparte la leyenda, existen algunos motivos...

Pero a Marvin Cole las leyendas de la costa portuguesa teníanle sin cuidado, no en balde era norteamericano, a más de otras cosas. Adquirió por un precio risible cinco hectáreas de terreno y la gran casa en ruinas,alzada sobre el promontorio, a dos tiros de piedra de la alta costa acantilada, sobre la escotadura de la caleta, a unos tres kilómetros del pueblo y por completo aislada del mundo. Un sitio ideal...

Ideal para un hombre como él.

Era listo y astuto. Gastó buen dinero en reparar el edificio, que a decir verdad apenas si mostraba huellas de desmejoramiento a pesar de los tres cuartos de siglo transcurridos.

Pero cuando se supo en la contornada no faltaron los comentarios.

—El demonio cuida de la casa para su amo...

Las dificultades le llegaron luego. Tuvo que irse a Lisboa a contratar obreros que le arreglaran la casa, porque en la contornada nadie, y eso que eran pobres como ratas la mayoría, quiso ganarse un jornal allí. Cuando en una semana hubo dos accidentes mortales, tampoco los obreros lisboetas se mostraron muy alegres, a decir verdad. Según ellos ambos accidentes fueron inexplicables. Cole conocía, o al menos creía conocer, a los portugueses y opinó que se trató pura y simplemente de descuidos imprudentes.

Sea como fuere, los operarios se marcharon casi en su totalidad sin hacer caso a amenazas ni subidas de sueldo, tuvo que traer otros. Terminó así de aderezar y reparar la casa, pero a costa de otra muerte absurda, otro «accidente laboral». Eso lo puso de muy malhumor y le llevó a detestar a los supersticiosos lugareños, a quienes achacaba, no sin cierta razón, lo sucedido.

—Han llenado las cabezas de esos ganapanes con sus estúpidas historias de muertos y aparecidos, luego ellos, en cuanto ocurrió el primer accidente por imprevisión, se pusieron a rumiarlas y el resultado han sido esos dos más...

Los tres habían atraído cierta desagradable publicidad sobre la casa. Eso obligó a Cole a cambiar algo su primitivo plan. Se fue a realizar una gira y dejó la casa cerrada, muy seguro de encontrarla intacta a su vuelta. Pensó que dos o tres meses reposarían las aguas. Y luego se engañó.

Aquel día de octubre era tristón, lluvioso. Mientras su automóvil se movía por las cuidadas carreteras de la región, atravesando pueblos adormecidos bajo la lluvia, Cole fue dándoles vueltas a sus planes y negocios en la cabeza.

Él era un hombre de sobre cuarenta años, fornido, típicamente americano. Un hombre de negocios sucios, pero negocios.

Marvin Cole había asesinado a una docena larga de hombres y a tres mujeres en sus veintitantos años de vida al margen de la Ley, durante los cuales había hecho una sólida fortuna contrabandeando todo cuanto diera buenos beneficios. Después de cumplir su segunda condena se volvió aún más cauto, dijo que se retiraba a disfrutar de la vida y se vino a Europa.

Naturalmente, él no se llamaba Marvin Cole, pero eso no importa demasiado.

Ahora, como Marvin Cole era propietario de una hermosa casa antigua repleta de espeluznantes leyendas, y de cinco hectáreas de tierra baldía, amén de una caleta estrecha en la costa acantilada. El lugar perfecto para un contrabandista. Ya había establecido las debidas conexiones, todo estaba a punto para comenzar, tenía absoluta certeza

de que no serían interferidos sus negocios...

Cada cierto tiempo un barco de carga, o pesquero de altura, se detendría cerca de la costa y una lancha motora rápida le saldría al encuentro. Habría un trasbordo veloz del género, la lancha lo traería a la caleta y de la caleta pasaría a los sótanos de la casa. Más tarde, el género saldría por las pésimas carreteras de la zona y en determinada pequeña distribución por Europa...

Era un lógico y perfecto destino para la casa de un negrero.

★ ★ ★

Ha sido uno de los mejores negocios de mi vida, Dobbs, te lo aseguro. Dos mil quinientos dólares por todo aquello y solo los muebles valen tres o cuatro veces más, sin exagerar.

No se detuvieron en el pueblo. A Cole las gentes de Outeiro d'Alem le provocaban irritado desprecio... Hillman vendrá mañana con los perros y la furgoneta, traerá todo cuanto podamos necesitar y conectará el equipo electrónico. Viviremos como ermitaños, pero no precisamente haciendo penitencia, muchacho. De vez en cuando tendremos visitas y entonces habrás de comportarte como un buen ayuda de cámara.

Detuvo el coche ante la verja de la entrada, recién cubierta con una mano de pintura negra, sacó la llave de la misma y la abrió. Dobbs había bajado también, le ayudó a separar las puertas, pesadas, duras, chirriantes, y se quedó a cerrar mientras Cole metía al coche, luego subió y siguieron, despacio, por el duro camino hacia la casa.

★ ★ ★

La casa tenía un agradable aspecto desde fuera, recién remozada como estaba. Pero había algo sombrío, repelente, emanando de ella, algo que no podía definir. Tal vez el silencio...

—Ven y mira.

—En la marea baja la playa se triplica. De todos modos, incluso en las tempestades queda bastante bien abrigada. Imagínate, por aquí nadie pasa nunca, de modo que los alijos llegarán como seda...

Habían encendido sendas lámparas eléctricas con las cuales recorrieron el zaguán. Era amplio, despedía olor a tumba vacía, tan desagradable, y los recios, hermosos muebles antiguos destacaban a los rayos luminosos como verdaderos sepulcros oscuros. Un gran fanal de velero colgado del techo de madera de roble pareció moverse al ser alumbrado...

—Hasta mañana, cuando llegue Hillman y conectemos el

regenerador, tendremos que arreglárnoslas como podamos. Metamos dentro todo esto.

Así lo hicieron, luego Cole encendió un farol que estaba sobre una larga mesa de palo de hierro al lado de la entrada y se permitió un chiste macabro.

—Bueno, Dobbs, ya estamos en la casa del negrero. Esperemos que no le incomode y decida salir a asustarnos, porque entonces tú y yo le daremos a probar las píldoras de nuestras «Berettas», ¿eh, muchacho?

Dobbs esbozó una sonrisa lobuna. Él, desde luego, no iba a perder su sueño por un espectro más o menos.

Un silencio opresivo llenaba el interior de la casa. Los pasos de ambos hombres resonaron lúgubrementes mientras iban transportando su carga a la cocina y la dejaban allí. La cocina era grande, hermosa en su arquitectura, con menaje antañón en curiosa mescolanza con una nevera eléctrica, una lavadora, un lavavajillas... artefactos todos muy acordes con la mentalidad de su nuevo propietario.

—Vamos a orearla, no me gusta este olor a tumba que hay. Han sido muchos años cerrada a cal y canto y por lo visto ni la mano de pintura al plástico que hice darle se lo ha quitado... De paso la conocerás.

Hicieron sin prisas el recorrido. Desde luego, no encontraron ningún fantasma o cosa parecida. Tampoco lo esperaban, de haber visto u oído algo habrían echado mano a sus pistolas, seguros de vérselas con un ladrón, o alguien demasiado interesado en lo que ellos hacían allí.

Dejaron abiertas todas las ventanas de la casa, de modo que el húmedo viento del océano penetró por ella a su placer y pareció arrastrar lejos el olor a sepulcro. Luego retornaron a la cocina y se dispusieron a cenar.

Trajeron provisiones de calidad y no tardaron en cocinarlas usando un hornillo de petróleo, portátil. Dobbs era un buen cocinero, por afición. Sentáronse cara a cara y comenzaron a devorar su cena con apetito. Les llegaba el sordo bramido del mar y, poco a poco, el olor a sepulcro iba cambiándose en el yodado y húmedo de la costa acantilada.

—Como ves, un sitio de lo más tranquilo, ideal para quienes, como nosotros, no gustamos de las aglomeraciones y la curiosidad ajena...

Cayó aprisa la noche. Todo era silencio. Los dos hombres terminaron su cena y dejaron la vajilla sucia sobre la mesa, abandonaron la cocina y se encaminaron, llevándose una botella de *whisky* caro y un par de vasos, al salón principal.

—Un lugar de lo más confortable. En cuanto llevemos un mes aquí, nos vamos a sentir como en el Cielo, Dobbs, muchacho...

Una habitación grande, como casi todas las de la casa, alta de techo,

este artesonado, con grandes baldosas escaqueadas, blancas y negras, el piso, una estupenda chimenea de piedra donde se apiñaba la leña esperando que se la hiciera arder, muebles antiguos mezclados disparatadamente con otros muy modernos y confortables...

Los dos hombres se acomodaron a su gusto, llenaron los vasos, fumaron y charlaron del pasado, presente y el futuro, sobre todo del futuro, entre trago y fumada. Era, desde luego, una muy grata sobremesa.

—No tienen por qué sospechar de este lugar y de nosotros. Lo he preparado todo a la perfección, ni siquiera figuro para nada en el asunto. Toda esta región está tan llena de aldeas y tan entrecruzada de malas carreteras y caminos de monte que el contrabando podría entrar por cien puntos distintos. Además, las autoridades portuguesas no se distinguen por su perspicacia y actividad, si la carga no se queda en el país...

Eran las diez y media de la noche cuando decidieron irse a dormir.

—Tu cuarto está arriba, cerca del mío, el de Hillman queda junto al tuyo. Hay otros, les has visto, están destinados para las visitas.

Porque él, en su papel de americano retirado de los negocios y amante de la tranquilidad, pero no con exceso, pensaba recibir en su casa de los acantilados a bastantes amigos, gente toda de buena posición social. No muchos cada vez, y escogidos, gente toda capaz por sí misma de aplacar cualesquiera suspicacias de policías y autoridades.

Naturalmente, entre ellos también llegarían, de vez en cuando, los clientes, aquellos que adquirirían a muy alto precio todas las costosas y prohibidas mercancías, aquellas que él, Marvin Cole, vendía...

Naturalmente, se había reservado el dormitorio principal. Era vasto, cómodo, con una gran cama de maderas preciosas, aunque, naturalmente, colchones y demás ropas de cama fuesen muy modernos y de lo mejor. Marvin Cole era un sibarita, le gustaba disfrutar del sueño como de la comida, la bebida, el juego y las mujeres. Para él, la vida era un perpetuo goce.

Para Dobbs había sido hasta entonces una perpetua tensión o un agobio de animal enjaulado. De ahí que aquella sensación algo inquietante que lo acosaba desde su llegada a la casa se le antojase pura imaginatividad. Sencillamente no estaba habituado a vivir de manera normal, a no necesitar mantenerse alerta y con la mano cerca de la pistola todo el tiempo. Eso era justo lo que ocurría ahora, nadie conocía su llegada a Portugal, aquí, a esta casa aislada. Tenía documentos falsos, muy bien falsificados, las autoridades portuguesas no iban a recelar de un hombre al que ni siquiera dentro del país, Marvin Cole era un tío grande, sabía hacer las cosas...

Tenía que acostumbrarse a esta vida de aislada paz y libertad total. Eso era todo.

Se quitó la chaqueta y luego se despojó de la funda especial con la moderna y excelente automática, depositándola sobre la mesilla de noche, al lado de la linterna eléctrica, cuya luz le alumbraba. El dormitorio era confortable y la cama mullida, se la acababa de hacer él mismo, las sábanas olían a fresco y jabón. Era un hombre libre, podría dormir a pierna suelta...

Antes de acostarse echó una ojeada al exterior. Pero solo vio negrura al otro lado de la ventana. Aquella, como casi todas las demás, estaba enrejada y la reja era sólida. Una verdadera fortaleza, la casa de aquel antiguo negrero portugués...

Seguía lloviendo mansamente cuando se acostó. Pero no tenía sueño ni tampoco podía quitarse la inquietud.

Por su parte, Marvin Cole tenía demasiados proyectos grandes en el cerebro y no sentía ninguna clase de inquietudes. Se vistió el pijama, dejó la «Beretta» sobre la mesilla de noche más por hábito que por otra cosa y se fumó un cigarrillo antes de apagar la linterna. Al día siguiente conectarían el grupo electrógeno y les sobraría electricidad para todas las necesidades...

La casa era un silencio total a las once de la noche.

Pasó una hora, llegó la medianoche.

Debajo de la casa había un sótano. También era bodega. Estaba lleno de todo lo que los sótanos-bodega de las viejas casas suelen estarlo, también de telarañas. Marvin Cole había hecho limpiarlo a conciencia, tirar al mar todo lo inservible, reparar lo recuperable... Pero ahora todo estaba de nuevo revuelto por allí.

Al filo de la media noche, en uno de los tenebrosos rincones de aquel sótano-bodega se escuchó un ruido leve, pero claro. Era como si una rata royera algo...

Pero no había ratas en aquel sótano porque desde hacía muchísimo tiempo allí no había nada que roer.

Sin embargo, el ruido siguió. Y no se producía en el mismo sótano, sino en una de sus paredes, exactamente como a un metro sobre el suelo. Era como si alguien, desde el otro lado de aquella pared, estuviera arañando, royendo...

Pero las paredes eran de piedra viva, cimentada con argamasa.

Sin embargo aquel espeluznante ruido siguió, tenaz. Y de pronto, una de las piedras del muro se movió, se agrietaron las cintas de argamasa que la juntaban con las otras. Luego, aquella piedra fue desplazada hacia fuera y terminó cayendo, con un golpe sordo.

Entonces, por el agujero dejado por la piedra emergió una mano

humana. Una garra humana...

Puros huesos y piel, esta pegada a aquellos. Los garfios de los dedos terminaban en unas uñas muy largas, corvas y afiladas casi como las de los felinos y las aves carniceras. Aquella era una mano de mujer.

Y terminaba a la altura de la muñeca. Tras esta, no había nada visible.

Sí, debía haber, en cambio, una invisible presencia de gran poder y maldad, porque la garra humana se fue moviendo como si formara parte de un cuerpo y avanzó, por entre el revoltijo de cachivaches, hacia la puerta de la bodega para tomar algo que introdujo en la cerradura.

Y la puerta de la bodega se abrió, con un chirrido largo...

Capítulo 2

D

OBS no lograba conciliar el sueño. Era la suya una inquietud en algún modo semejante a aquella que lo asaltaba poco antes de realizar un «golpe» o, también, cuando sentíase de cerca perseguido. Sea como fuera, no le era posible dormir y aquel silencio respunteado por el ruido del mar y el de la lluvia lo fue poniendo nervioso poco a poco.

Y luego oyó el otro ruido. Muy claro, muy distinto. Algo acababa de romperse debajo, una botella o similar.

Instantáneamente se alertó. No volvió a haber más ruido, pero él, ahora, ya sabía por qué no lograba dormir. Durante unos minutos permaneció a la escucha, luego se echó fuera de la cama, asió la pistola y le quitó el seguro. Después tomó la linterna y la encendió.

El rayo luminoso recorrió veloz la habitación, no hallando nada raro. No obstante, como nunca sentía el *gangster* que allí, en la casa, había alguien, o algo aparte de él y Cole.

Dobbs no tenía nervios, era un asesino encallecido. En pijama, metió los pies en las zapatillas, se llegó a la puerta sin hacer ruido, tomó el pestillo y la abrió, despacio apagando antes la luz. Tendió oído antes de salir al pasillo...

Lo oyó distintamente. Un chirrido muy leve, pero muy claro, proveniente de la puerta del dormitorio de Cole.

Salió veloz al pasillo, encendió la linterna y disparó el rayo de luz hacia la puerta de aquella habitación.

El pasillo tenía una extensión de una veintena de metros bien cumplidos y casi dos de anchura, estaba relativamente desnudo de muebles y otros chirimbolos. El largo lancetazo de la linterna lo recorrió en un instante... y Dobbs vio, perfectamente, cómo estaba entreabierta la puerta del dormitorio de Marvin Cole.

Sin pensarlo dos veces, corrió hacia allí, empuñando la pistola, listo para lo que fuera. Y estaba llegando ya a aquella puerta cuando allí dentro sonó un seco, entrecortado juramento, de la indudable voz de Cole.

Un instante después, Dobbs empujaba la puerta y entraba, buscando al intruso con el rayo luminoso de la linterna, listo para partírle el alma de un balazo.

Allí no había nadie. Bueno, estaba Marvin Cole, con la diestra

empuñando su propia pistola y mirando hacia la puerta, a medio incorporarse.

—¿Qué infier...? ¿Eres tú, Dobbs?

—Sí. ¿Qué pasa aquí?

—Eso quiero saber. Estaba a punto de dormirme cuando me pareció que alguien abría la puerta y luego sentí como si se dispusiera a estrangularme. He debido tener una pesadilla estúpida...

—No ha sido una pesadilla —la voz de Dobbs sonaba raspante, mientras su linterna y sus ojos iban registrando cada rincón de la alcoba—. Yo no estaba dormido, primero oí romperse como una botella abajo, luego ruidos raros. Iba a salir de mi cuarto para investigar cuando oí otro ruido leve en la puerta de su cuarto, salí aprisa, lancé la luz allí, y la puerta estaba abierta.

Marvin Cole se sentó en su cama, empuñando la pistola.

—¿Quieres decir abierta...? No puede ser, la cerré antes de acostarme con el picaporte.

—Pues estaba abierta.

Cole respiró hondo. Recordaba muy bien la desagradabilísima impresión sufrida de repente, entre sueños.

—No me gusta nada —gruñó—. A ver si de veras habrá fantasmas...

—Como descubra a alguno, le haré probar acero al rojo.

Cole se echó fuera de la cama y tomó sus zapatillas, también su linterna, uniendo la luz de la segunda a la de Dobbs.

—Aquí no hay nada. Y la ventana está cerrada...

Una rápida y detenida inspección demostró que era así. Sin embargo, algo o alguien abrió la puerta, algo o alguien provocó aquellos ruidos...

—Vamos abajo.

Lo encontraron en el salón donde estuvieron. En realidad, lo notaron antes de entrar. Crepitaban alegres llamas en la chimenea.

Pero ellos no habían encendido ningún fuego.

Mirándose fijo, en silencio, en la semioscuridad apenas despejada por la luminosidad de sus linternas. Ambos tenían muy dura la mirada, muy apretada la boca. Con un seco gesto, Cole ordenó a Dobbs ir delante y él le cubrió las espaldas.

Dobbs no vaciló. Pero sí tomó precauciones. Cuando entró en el salón lo hizo al modo clásico, primero agazaparse junto a la puerta, luego abrirla de un seco patadón y saltar dentro, con la linterna apagada, para girar veloz sobre sí mismo y procurarse resguardo mientras buscaba al enemigo, con el dedo en el gatillo. Pegado a la recia y hermosa puerta de roble, Cole estaba listo para abrir fuego...

Dentro del salón no parecía haber nadie. Pero en la chimenea, el

fuego ardía alegremente, alzando las llamas y turbonadas de burlonas chispas.

Los dos hombres avanzaron como lobos, uno por cada lado, cubriendo así de modo total el salón. Inútilmente, porque allí estaban solos.

Luego Dobbs dijo, con voz tirante:

—Mire eso.

Cole lo había visto ya. La botella de *whisky* que dejaran empezada al irse a dormir estaba hecha trizas en la chimenea, el licor aún restaba en el piso, acá y allá, charquitos que el calor de la hoguera iba consumiendo.

Marvin Cole emitió una sorda maldición. Cada vez le gustaba menos el asunto. Lo mismo a Dobbs.

—Hay alguien en la casa.

—Sí. Sin duda tratan de amedrentarnos con una serie de trucos de aparecidos.

—Nosotros también sabemos trucos. Vamos.

Durante la hora siguiente registraron la casa del zaguán al desván, sin dejarse siquiera la bodega. Pero no descubrieron la piedra expulsada fuera de su alvéolo en la pared, por la sencilla razón de que estaba de nuevo en su sitio y sin señales de lo sucedido en la argamasa que la cercaba. Durante todo aquel tiempo no habían hablado palabra.

Lo hicieron de regreso en el salón. Ninguno tenía sueño ahora. Se habían traído otra botella, Cole la abrió y llenó los vasos con mucha generosidad bebiendo ambos ansiosamente. Luego se miraron...

—Quienquiera que sea es un tipo muy astuto...

—Debe de haber algún medio de entrar y salir que yo desconozco, esa es la explicación. Tenemos que encontrarlo.

—Será mejor dejarlo para mañana.

—Apenas son las dos. Faltan cinco horas para que amanezca. Hagámoslo ahora.

—El que sea ya debe haberse puesto a seguro, cuenta sin duda conque ahora estaremos nerviosos y nos pondremos a movernos igual que lagartijas pisoteadas. Usted es quien paga, pero mi opinión es que debemos dejarlo estar. Eso sí, manteniéndonos juntos. Uno duerme y el otro vela. Ya que nos han encendido el fuego, podemos hacerlo aquí.

Era una buena idea. Desde luego, ninguno de los dos admitía la injerencia de lo sobrenatural, estaban pensando en seres tan de carne y hueso como ellos que se proponían, por medio de trucos de magia negra aprovechando su conocimiento de algún medio secreto de entrada en la casa, atemorizarlos con fines que solo podían ser de lucro. Pero ellos no eran fáciles de atemorizar.

—Será mejor que nos vistamos, luego volveremos aquí.

Primero se vistió Marvin Cole, aprisa, mientras Dobbs montaba guardia. Luego el propio Dobbs.

Y cuando retornaron al salón, el fuego estaba apagado en la chimenea.

Tenían nervios bien templados, se ratificaron en su presunción. Alguien andaba jugando al espectro por allí...

Dobbs volvió a encender el fuego. Y se encontró conque aquella leña, que poco antes ardía tan fácilmente, ahora no quería hacerlo ni a tiros. Cuando por fin lo consiguió resollaba. Por su parte, Cole estaba hosco, tenso.

No era para menos. Había gastado buen dinero, creyó agenciarse un lugar inmejorable para la buena marcha de sus negocios y este maldito contratiempo venía a echarle en cierto modo por tierra todos sus preparativos. Dentro de una semana debería llegar el primer cargamento, un cuarto de millón de dólares en mercancía cara y de escaso volumen, cuya manipulación y posterior difusión por los canales usuales le dejaría un beneficio redondo de veinticinco mil. Pensó que sería el primero de una larga serie de negocios sencillos, fáciles... y ahora debía replantearlo todo. La gente con quien negociaba era muy suspicaz y quisquillosa, ya debió explicarles lo de aquellas muertes de obreros mientras acondicionaban la casa, si ahora se enteraban de que tenía entradas secretas iban a cerrarle la espita. Y a eso él no estaba dispuesto, desde luego. Como pusiera la vista encima al que andaba jugando a espectro burlón, aquel tipo iba a verse con una indigestión de metal ardiendo en las tripas antes de dos minutos...

—Échese a dormir, yo vigilaré. No tengo sueño. Ya dormiré durante el día.

Dobbs podía muy bien pasarse una noche en vela. Él, Cole, no. Hubo tiempos, cuando era más joven. Pero no ahora... Gruñó, asintiendo, luego fue a arrellanarse en uno de los comodísimos sillones tras apurar el nuevo trago que se había servido, fumó... Dobbs estaba de pie junto a la chimenea, con la pistola empuñada y una dura, alertada, expresión.

—No me parece que vuelva esta noche. Si lo que se proponía era asustarnos creará que ya lo ha conseguido y esperará a mañana para su próxima incursión. Pero mañana seremos tres, y los perros...

Dobbs fue a sentarse, muy derecho, en una silla cuyo respaldo arrimó a la pared, a un lado de la chimenea. Sus ojos rebrillaban como los de los lobos. Marvin Cole pensó que había hecho una buena adquisición con él. Duro, sin nervios, leal, un excelente perro de presa. Le debía muchos favores, ahora se los iba a pagar.

—Han debido vernos llegar y montaron todo sobre la marcha, sin duda estuvieron al acecho de mi regreso... Deben de ser contrabandistas del país, que usaban la casa para su pequeño y maldito negocio...

Se quedó dormido sin darse cuenta. Y se puso a roncar suavemente.

Dobbs le miró dormir unos minutos. Luego apagó su quinto cigarrillo desde que retornaron allí. La hoguera crepitaba de modo intermitente, sus llamas rojizas con cambiantes puntas, azulencas semejaban otros tantos pequeños diablos burlones. Afuera seguía lloviendo. Dobbs, todo era silencio.

Y volvió aquella inquietud sin nombre, aquel sentirse acechado por una presencia maligna y enemiga. También volvió el olor a tumba, poco a poco, hasta llegar a hacérsele insoportable.

Miró la hora. Aún eran apenas las tres de la madrugada. Por primera vez en mucho tiempo sentíase de veras enervado. Y no le gustaba, como tampoco le gustaba ya esta casa.

Se levantó. Tomando la linterna, la encendió y lanzó el rayo luminoso a todos los medrosos rincones del salón, debajo de los muebles, detrás de ellos... El olor a cementerio era realmente insoportable, como si estuvieran justo encima de un pudridero.

No vio materialmente en el aire la garra descarnada, precisamente encima de Marvin Cole, que roncaba ahora con desmadejada placidez, porque estaba de espaldas.

La garra parecía pertenecer a un cuerpo por todo lo demás invisible, pero dotado de un demoníaco propósito. Comenzó a descender sobre el inerme cuello de Marvin Cole, igual que lo hace un halcón peregrino sobre el topillo corretón en el prado...

Dobbs giró y la vio entonces. No nítidamente, pero sí con bastante claridad, al contraluz de la hoguera que ardía en la chimenea, una cosa horrible y espeluznante disponiéndose a descargar su golpe contra el dormido Cole...

Por unos instantes, el forajido yanqui quedó como sin reflejos, rígido, la mirada de sus ojos dilatados, fija en la garra. Y la garra, o el poder que parecía impulsarla, se detuvo, cual consciente de haber sido descubierta...

Al verla moverse en su dirección, Dobbs reaccionó de manera instantánea, disparando a la vez el rayo luminoso de la linterna y el proyectil de su pistola.

En el mismo instante en que ambos golpeaban a la garra, esta se desvaneció en el aire. O tal vez lo hiciera una fracción de segundo antes...

—No ha sido una pesadilla, nunca las tuve. La vi tan claramente como a usted ahora.

Sonaba muy dura, muy áspera, la voz de Dobbs. Estaban rígidas sus fracciones, una de sus manos sostenía el vaso mediado de licor y su mirada la de Marvin Cole, que por su parte no estaba precisamente alegre.

—Repíteme qué viste.

—Usted estaba durmiendo, roncaba. Yo seguía ahí sentado. Y comencé a sentir a un tiempo un olor a muerto y la sensación de que alguien me observaba atentamente, con malas intenciones. La cosa llegó a hacérseme insoportable, de modo que me levanté, encendí la lámpara y me puse a registrarlo todo. Le di a usted la espalda unos minutos, de repente sentí, con gran intensidad, que a mi espalda había peligro, giré...

Respiró hondo. Estaba aún bajo los efectos del choque psíquico. Marvin Cole se dio cuenta y se preocupó aún más.

—Estaba sobre usted, como a medio metro. Era una garra humana, con las uñas muy largas, corvas y sin carne. Nada más la garra, como si pendiera de hilos invisibles, lista para soltarle un zarpazo. Al pronto me quedé parado, sin poder creer a mis ojos. Entonces ella se movió hacia mí. Reaccioné, disparándole, y desapareció.

—Y, ¿eso fue todo...?

—Sí.

Quedaron en silencio. Marvin Cole dio una larga chupada a su cigarrillo con expresión reconcentrada, mirando a la chimenea donde seguía ardiendo el fuego. Cuando el seco disparo de la «Beretta» lo despertó de su plácido sueño y vio a Dobbs rígido, empuñando el arma con una expresión aturdida, supo que algo grave había pasado. Ahora sabía que era así.

—No iba contra ti, sino contra mí —dijo pausado—. ¿Estás seguro de qué me iba a atacar...?

—Como de haber estado en San Quintín.

—Y no ha sido una pesadilla... Ahora no huele apenas a muerto, yo nada he visto...

—Le digo que llegó a oler de un modo insoportable.

—Sí... Están jugando con nosotros y con nuestros sentidos, Dobbs. Esta casa es muy grande, debe estar llena de recovecos. Por cualquier agujero se puede ir echando un gas nauseabundo, uno de esos olores de las tiendas de broma...

—¿Y la mano?

—Lo mismo. Un hilo metálico invisible... o una proyección cinematográfica.

Dobbs meneó la cabeza.

—No soy un niño y usted sabe que mis nervios son firmes.

—Escúchame, Dobbs. Nos han estado insuflando miedo como se hace con la gente torpe y con los niños. Primero con una historia fantástico-terrorífica luego con unos cuantos trucos de magia barata. Esperaron a que me durmiera y sin duda echaron, con olor a cadaverina, un gas deformante de visión, o algo así. Luego, con una simple cámara cinematográfica, hicieron aparecer esa mano cortada moviéndose en el aire. Es un truco muy conocido, de prestidigitadores y magos de circo. Por eso cuando disparaste, la mano desapareció antes de que la tocara el rayo luminoso de tu lámpara, te habría descubierto el truco. Y a tan corta distancia tú no hubieras marrado, ni siquiera a una mano de muerto. Pero ya ves, no hay rastros.

Tenía que convencer a Dobbs. No le había contado sino muy por encima la historia de la casa, no considerando necesario decirle más. Si ahora lo hacía iba a ser contraproducente. Esperarían la llegada de Hillman con los perros, entonces los tres se pondrían a buscar de manera exhaustiva. Era preciso dar con aquella tumba de circunstancias, caso de que existiera... que ahora él comenzaba a temer existiese.

Aunque también era posible que su hipótesis de los trucos de magia barata se ajustaran más a la realidad. Eso se averiguaría muy pronto, en cuanto se hiciera de día...

Mientras, ninguno de los dos pensó en dormir ya. Y la larga noche del otoño, lluviosa, repleta de silencios agoreros, siguió desgranando sus minutos...

Al amanecer, un lívido y lento devenir del día, ambos respiraron con alivio. Una cosa era vérselas con hombres de carne y hueso, incluso jugándose la vida, y otra distinta afrontar lo sobrenatural; aunque seguía sin creer en lo sobrenatural.

En cuanto hubo suficiente luz fueron a la cocina y Dobbs preparó un sustancioso desayuno, así como una gran cantidad de café negro que tomaron en silencio, tonificándose con él. Sentíanse enervados y eso no les gustaba, ni convenía...

—En cuanto llegue Hillman daremos una batida en toda regla, sin dejar un agujero por registrar.

Curiosamente, ninguno de los dos tenía prisa...

La furgoneta llegó a media mañana. Seguía lloviendo, pero a ratos, aunque el cielo continuaba muy encapotado, un viento bastante duro se había alzado, del Noroeste, y levantaba grandes olas grises que venían a

estrellarse con gran fragor contra los acantilados oscuros, las aves marinas volaban sobre la costa con sus largos, agudos, graznidos...

Ted Hillman era también un criminal endurecido, aunque solo tenía un par de homicidios en su haber. Contaba veintinueve años, de los cuales cinco los pasó en presidio, por atraco con violencia y por contrabando. Rubio, anguloso, de fríos ojos azules y mandíbula salediza, tenía la confianza de Cole.

—Bueno, jefe, esto está en el fin del mundo realmente... Traigo todo y también los perros... Tiene mala cara, jefe. Y tú también, Dobbs. ¿Pasa algo?

Escuchó con una mueca escéptica y divertida el relato de Cole, dándoles la impresión de que lo encontraba casi ridículo.

—Así que casa con fantasmas y truquitos de magia... Vaya, hombre, mira por dónde estos tipos de por aquí demuestran imaginación. Bueno, jefe, pues cuando le parezca vamos a rastrearlos. Ese par de perros encontrarán al fantasma aunque se encuentre debajo de los cimientos de la casa, ya lo verá.

—Meteremos primero todo lo que has traído y conectarás el generador. Esta noche quiero tener luz eléctrica en toda la casa.

A Cole no le gustaba la actitud de Hillman, pero se dijo que él también habría reaccionado así, o peor, ante una historia como aquella. Ahora mismo, de día claro, al pensar en ella sentía irritación y asombro, también desconcierto. Él y Dobbs se habían dejado sin duda dominar por la siniestra atmósfera nocturna del caserón...

Descargar la furgoneta fue una tarea reconfortante, con todo. Amén provisiones y algunos otros artículos, traía un par de rifles de mira telescópica, de caza mayor, pero muy aptos para voltear piezas humanas, así como sendas escopetas, una de ellas con los cañones aserrados adecuadamente. Desde luego, como la mano aquella apareciese, ya veríamos si soportaba una carga de postas gruesas a boca de jarro...

Los perros eran, como todos los de su raza, ejemplares magníficos. Cole notó en el acto que parecían a disgusto, como inquietos, en aquel lugar. Pero Hillman, que era un experto, los entrenó en el ejército, tuvo una convincente explicación.

—Desconocen el lugar y han soportado unas horas de viaje encerrados. Se les pasará enseguida. Conectó el generador del sótano en un periquete, bajo las miradas de los otros dos. Habían dejado a los perros arriba, tuvo que trabajar a la luz de las linternas.

—Desde luego esto tiene mal aspecto, parece un decorado para una película de miedo...

—Se quedó todo bien estibado cuando terminaron los trabajos, de

eso estoy seguro. Sin duda los de la broma de anoche se han tomado el trabajo de descabalarlo.

—Bueno, pues ya tenemos luna... Voy por los perros, comenzaremos aquí mismo la búsqueda, si quieren.

Apenas entraron los animales en la bodega cuando dieron muestras de una gran inquietud, un nerviosismo claro. Se les erizó el pelo y se les pusieron puntiagudas las orejas, gruñeron más que para asustar atemorizados, clavaron las cuatro patas en el suelo y no hubo manera de hacerles penetrar.

Instantáneamente, los bandidos empuñaron sus pistolas y se pusieron en vilo. Hillman, desconcertado, gruñó:

—No sé qué pasa aquí. Tienen miedo de algo...

—Hazles entrar.

Le costó Dios y ayuda. Los dos perros se dejaron llevar junto a los hombres y el generador, de suave zumbido, como si allí buscaran protección. Pero no fueron mucho más lejos. Con las patas clavadas en el piso y el cabello erizado miraban a un punto exacto en el fondo de la bodega. Pero allí los hombres no distinguían nada.

—Vamos. Hay que averiguar qué les asusta.

Pistola en mano, los bandidos llegaron allí. Pero no vieron nada de particular. Los rayos luminosos de sus linternas chocaron contra el sucio muro de piedra y argamasa, de compacta apariencia. Tampoco había huellas en el suelo.

Miráronse desconcertados, inquietos.

—Los perros tienen miedo, huelen precisamente aquí.

—Pero no hay nada...

—Conozco a esos animales. No se asustarían de un hombre, o un animal. Sin embargo están aterrados.

—Los perros ven y huelen a la muerte, se dice...

Miraron hacia ellos. Seguían donde les dejaron, rígidos, las orejas tiesas.

—Esto no me gusta —gruñó Hillman, ligeramente nervioso—. No es natural.

Ni lo de la noche anterior...

—Vamos arriba. Buscaremos herramientas para registrar mejor todo el sótano.

Los perros se dejaron llevar con gran alivio. Salieron, cerrando la bodega con llave y cerrojos Marvin Cole...

Y cuando llegaron al zaguán, de nuevo los animales dieron muestra de súbito terror.

Pero ahora la razón estaba allí, perfectamente visible. La vieron los tres hombres y les provocó sendas interjecciones de una gran dureza y

una mayor excitación.

No era para menos. En el suelo, en mitad del zaguán, había una mano. La crispada, roída, cerúlea, mano de un cadáver.

Capítulo 3

M

IENTRAS Hillman sujetaba a los perros, que querían huir, Cole y Dobbs reaccionaron a la primera impresión, acercándose a aquel macabro despojo, examinándolo a la brillante luz de las lámparas eléctricas incrustadas en el gran farol de popa que pendía del techo. Además, la luz gris del mediodía entraba por las abiertas ventanas enrejadas.

—Es una verdadera mano de muerto...

Lo era. A medio momificar, o mejor dicho en plena putrefacción. Olía de un modo tal que su hedor parecía llenar todo el zaguán. ¿Cómo demonios tal «presente» había llegado allí, quién la trajo? El porqué parecía obvio...

Tras examinarla sin acercarse a ella demasiado ni tampoco tocarla, Cole y Dobbs retornaron junto a Hillman y los perros. Todos estaban ahora sombríos.

—Este juego ha dejado de ser divertido —gruñó Cole—. Tenemos que encontrar enseguida al que nos ha dejado esa tarjeta de visita. Haz que esos animales reaccionen.

Reaccionaron, pero no sirvió de gran cosa. Un concienzudo registro de la casa dio por mezquino resultado el fracaso en encontrar huellas de intrusos o entradas secretas. El estudio de los planos del edificio, que Cole recibió al comprarlo, tampoco dio resultado. Los perros estaban atemorizados, pero al menos cumplieron con su tarea husmeando todos los rincones. Y nada. Eso sí, a la bodega no querían entrar de ningún modo.

—En la bodega está sin duda la clave. Pero según el plano fue escavada en el mismo terreno, y ya hemos visto las paredes, son de pura piedra...

—No olvidemos que el constructor era un negrero, pudo muy bien abrir una vía secreta de escape hacia la costa por si se le daban feas. Una de esas cubas, o cualquier otra cosa, puede ocultar la entrada.

—De acuerdo. Nosotros estábamos allí, registrando, cuando alguien dejó esa mano de muerto en el zaguán. ¿Por dónde pasó, que no le vimos?

—Debe haber más de una entrada...

—Pues la tenemos que encontrar. No podremos estar tranquilos

hasta tanto lo hayamos conseguido. Dobbs, coge la escopeta aserrada.

El bandido así lo hizo, metiéndole dos cartuchos de postas gruesas. Luego los tres salieron del salón, donde habían estado discutiendo el asunto.

Y al llegar al zaguán vieron lo mismo.

—¡Infiernos!

—¡Ya no está!

Ya no estaba. La mano de muerto se había esfumado.

Esta vez, los perros se acercaron, aunque remolones. Y hubo una serie de sorpresas. Por ejemplo, señalaron indudablemente a la puerta de la casa. Pero la puerta estaba cerrada por dentro. En cambio, la del sótano lo estaba por fuera y hacia allí no iban los perros.

—Eso no tiene sentido, pero los perros marcan claramente que quien se llevó la mano salió de la casa...

—Vamos a seguir ese rastro.

Tomaron sus impermeables. Ya solo llovía a ráfagas, pero la bruma gris que se había alzado aún lobreguecía más el paisaje vespéral. El ventarrón soplabá repleto de humedad y el bronco fragor del océano contra los cantiles de la costa se escuchaba incesante.

A pesar de la lluvia, los perros ahora parecían animados y seguros de sí mismos. Avanzaron atravesando el terreno en línea recta, sin la menor vacilación, seguidos por los tres hombres bien armados y alerta.

—Van hacia el fondo, a esos árboles...

Un soto sombrío, de castaños espesos, como a ciento cincuenta metros de la casa, en el resguardo de una concavidad de la colina. Una veintena de árboles grandes, cubriendo un acre de terreno. Buen lugar para esconderse unos emboscados...

Pensándolo así, los tres bandidos se aprestaron a combatir. Llevaron armas cortas, pero sabían manejarlas y no era miedo lo que unos hombres como ellos podían hacerles sentir...

Pero no había hombres como ellos en aquel soto, ni siquiera rastros. Los perros fueron a detenerse al pie del mayor y más frondoso de los castaños, gruñendo sordamente y apuntando a la tierra de modo inequívoco.

—Aquí hay algo enterrado —gruñó Hillman—. No sé qué pueda ser, pero lo que sea tiene que ver con esa mano.

—Toma la escopeta y mantente alerta. Dobbs y yo iremos por un par de palas.

En el cobertizo quedaban herramientas dejadas allí por los obreros. Tomaron un gran azadón y una pala. No hablaban, ambos estaban ya seguros de encontrar algo desagradable bajo los castaños.

Chorreaban agua lenta las ramas de los negros castaños en aquel

lugar siniestro, pero los bandidos no se ocupaban de ello. Pusiéronse a cavar con ímpetu dos de ellos mientras el otro vigilaba, con la escopeta lista bajo el impermeable. Los perros, ahora, parecían haber recuperado su normal estado, pero seguían manifestando cierta inquietud.

Lo que fuera estaba hondo. Excavaron aproximadamente un metro de la tierra al principio blanda, luego más dura, antes de encontrarlo.

Y era lo que temían encontrar. Un esqueleto humano.

—Un esqueleto, no un cadáver. Solo quedaban los huesos, pegados a la negruzca tierra. Y cuando limpiaron cuidadosamente los antebrazos de tierra descubrieron que faltaban las manos.

Los tres bandidos contemplaron en abrumado silencio aquel macabro hallazgo. Estaban sintiendo muchas cosas ingratas.

—Es un esqueleto de hombre.

—Y desde luego lo enterraron sin ninguna ceremonia. No hay rastros de mortaja.

—Debió ocurrir hace mucho tiempo. No quedan tampoco señales de carne, ni piel, ni de ropas; además, la tierra del fondo estaba muy dura ya.

—Pero la mano que vimos estaba a medio corromper. Y los perros no han vacilado en traernos hasta aquí.

—No han demostrado miedo, como en la bodega...

—Esto no me gusta nada, jefe. Pero nada de nada. Yo no creo en aparecidos ni cosas así. Pero...

Tampoco creía Marvin Cole. Pero allí estaba toda aquella cadena de hechos culminados por el descubrimiento de la tumba bajo los castaños, aquel esqueleto sin manos...

—¿Qué hacemos?

—De momento, echar la tierra encima. Luego volvernos a la casa. Necesito pensar...

Mucho. Estaba pensando en todo lo que le contaron acerca del negrero...

Apresuradamente rellenaron la fosa de cualquier manera. Dejaron allí el azadón y la pala. Estaba anocheciendo aprisa, la bruma era cada vez más espesa y, con ella, la oscuridad.

Cuando retornaban a la casa los perros volvieron a alterarse de golpe y a gruñir. Pero ahora miraban no hacia la casa, sino mucho más lejos a la puerta de entrada a la finca. Y los bandidos estaban ya nerviosos.

—¿Qué diablos pasará ahora?

—Sea lo que sea, vamos a comprobarlo.

Avanzaron, las armas listas. Curiosamente, los perros no tenían muchas ganas de avanzar ahora. De todas formas lo hicieron, emitiendo

gruñidos sordos.

—Parecen como desconcertados —dijo Hillman a media voz—. No sé qué diablos les puede pasar.

Y entonces oyeron claramente la llamada.

Marvin Cole había hecho colocar un antiguo llamador campesino, de casa solariega, en la gran cancela, una campana de fino bronce sonaba al tirar fuerte del mismo. Y ahora, en el opresivo silencio del crepúsculo aquella campana sonó con nitidez, un ruido que les sobresaltó y alivió.

—¿Quién demonios puede ser?

—No esperaba hoy a nadie... De todos modos, no correremos riesgos. Vosotros emboscaos, con los perros, yo me acercaré a averiguar quién es y qué le trae.

Así lo hicieron. Les favorecían la bruma y la creciente oscuridad. Por su parte, Cole empuñó la pistola dentro del bolsillo de la gabardina impermeable, se limpió los ojos de humedad y avanzó sin ninguna prisa. Había vuelto a sonar la campana...

La cancela estaba cubierta por planchas de acero a una altura que impedía a cualquier presunto visitante ver desde el exterior lo que pudiera suceder dentro de la finca. Naturalmente, tampoco los de dentro podían ver lo que pasaba fuera. Más para ello quedaba una portilla, a un lado. Cole llegóse allí y preguntó, receloso, el arma lista:

—¿Quién está ahí fuera?

Le contestó una voz muy viril, ciertamente agradable, joven.

—Dos viajeros desgraciados que buscan ayuda y hospitalidad. Abranos, por favor, estamos empapados.

Era toda una información y no precisamente tranquilizadora... Cole se dispuso a retroceder cuando llegó a sus oídos otra voz muy distinta.

—Se lo ruego, señor. Nos hemos perdido, no tenemos idea de dónde estamos. Sea amable...

Marvin Cole estaba preparado para todo excepto para escuchar aquella voz. Porque era una fresca voz femenina, la más bella y sugestiva que nunca oyó.

Marvin Cole gustaba de las mujeres. Pero además, una joven pareja de excursionistas, o viajeros, perdida en las colinas boscosas, no era nada imposible. Variando de actitud, acercóse al portillo, descorrió el pestillo y lo abrió, mirando al exterior.

No había apenas claridad bastante, pero distinguió allí fuera a las inconfundibles figuras de un hombre y una mujer.

—¿Qué diablos les ha pasado? Este no es camino a ninguna parte.

—Eso imagino —le contestó el hombre con su voz sonora—. Se nos estropeó el coche hace más de dos horas, la noche y la bruma se nos

echaron encima, las perspectivas eran muy malas y decidimos buscar ayuda en alguna aldea o casa cercana; pero solo vimos árboles, nos metimos por un verdadero laberinto de carreteras pésimas y sin saber cómo nos hemos dado de narices con esta puerta. La señorita está agotada, por eso le ruego que nos permita descansar un poco. Tal vez se pueda pedir ayuda desde aquí al pueblo más cercano...

No se podía, por dos razones: Marvin Cole no necesitaba el teléfono, y nada necesitaba tampoco de los habitantes del Outeiro D'Alem. Tenía una radioemisora muy moderna para comunicarse con sus socios, amigos y clientes.

Y ahora se enfrentaba con un incidente que no dejaba de darle un sesgo extraño, dramático, a la situación. Aquella joven pareja perdida en las colinas boscosas y viniendo a solicitarle refugio...

No lo pensó mucho. Era hombre de decisiones rápidas. Descorrió los grandes cerrojos y separó una de las hojas, dejando el paso franco.

—Pasen ustedes.

Entraron. Primero ella, cubierta con una de esas prendas femeninas de hoy que uno no puede fácilmente clasificar. Era sin duda una gabardina impermeable, con capucha, pero tenía esclavina, pequeña, y resultaba curiosamente antañosa, a más de graciosa. Ella, la joven, era sin duda menuda y más bien baja, como correspondía a una portuguesa. Los ojos expertos de Cole notaron su juventud y su belleza incluso en la creciente oscuridad.

—Gracias, señor...

Tras ella entró su acompañante. También vestía una curiosa prenda, casi un «carrick», tocándose con una gorrilla de forma un tanto extraña. Era alto, bastante, moreno, con un rizada y hermosa, cuidada, barba oscura. Un hombre muy bien parecido...

—Es usted muy amable, señor...

Ambos hablaron un portugués ceremonioso, con algunos curiosos arcaísmos. Pero Cole entendía el suficiente portugués para bandeárselas en el país, no pudo discernir aquel nada corriente modo de expresión de los recién llegados.

—Vivo muy aislado y prácticamente acabo de instalarme, adquirí esta propiedad hace poco —habló, como excusándose por su primera falta de cortesía, al tiempo que escrutaba a los visitantes—. Por eso me demoré.

—Usted parece ser extranjero, señor.

—Soy americano.

—Ah... Bien, permítanos presentarnos. La señorita María Da Luz D'Amaral y capitán Duarte Fãñez de Meneses...

Capítulo 4

M

ARVIN Cole era norteamericano, un *gangster* norteamericano. Su nivel cultural, el de los de su especie. Lo único que entendió fue que un oficial del ejército portugués, y una muchacha probablemente de buena familia, casi seguramente novios, venían a pedirle hospitalidad, habiéndose perdido durante una excursión por el campo.

Exactamente lo mismo pensaron Dobbs y Hillman cuando se acercaron, a su llamada, con los perros, que por cierto mantenían tiesas las orejas y daban la extraña impresión de sentirse inquietos ante los recién llegados.

Marvin Cole ya estaba decidido, invitó a la pareja a ir a la casa.

—Podrán secarse y descansar, también hay habitaciones suficientes para que puedan pasar la noche. Si prefieren llegarse al pueblo cercano, les llevaremos y de paso comprobaremos la avería de su coche, caso de que lo podamos encontrar. Pero tampoco conocemos muy bien la zona y les advierto que ese pueblo es un asco, no hay ni una mala posada.

—Es usted muy amable, señor. La señorita y yo aceptaremos con gusto su hospitalidad por esta noche, mañana procuraremos encontrar nuestro vehículo...

Eran sin duda gente de clase alta. Marvin Cole llevaba en Portugal el tiempo suficiente para saber si existían enormes diferencias sociales y culturales, pero no lo bastante para discernir ciertos detalles. Dobbs acababa de llegar al país, Hillman solo llevaba allí tres meses, ambos eran típicos pandilleros.

Entraron en la casa. Allí, bajo la brillante luz de las bombillas del gran fanal, los recién llegados se mostraron a los americanos en todo su esplendor vital, provocándoles admiración instintiva.

Ella muy sobre todo. Cuando se echó atrás la capucha Cole se quedó sin aliento. Jamás virón sus ojos tanta belleza...

Menuda y de estatura que no llegaba al metro setenta, pero exquisitamente proporcionada sin duda. Tenía un cabello castaño, sedño, abundoso, muy largo, tanto que al sacárselo de la capucha y sacudirlo con airoso ademán se vio le llegaba hasta más abajo del busto, casi a la cintura. Dos ojos rasgados, enormes, también oscuros, de un negro violeta, magnéticos, enigmáticos, a la vez que húmedos, acariciantes, de una belleza impar. La boca, la nariz, el resto de las

facciones, de una increíble pureza de rasgos. No debía tener más de veinte años. La garganta larga y delgada, las manos también. La piel de un blancor mate con tonalidades casi de nácar, como ya no se ve en las mujeres.

Él se despojó de su impermeable y apareció vestido con un grueso jersey de lana rojo sangre y unos pantalones color verde botella, arrugados. Calzaba unas botas enfangadas. Tenía más de un metro ochenta de estatura, era tan alto como el propio Dobbs y más que Cole e Hillman, de anchas espaldas, atezado y virilmente guapo, un tipo arrogante, de gran gallardía, sin duda acostumbrado a mandar, sin duda, también, inasequible al miedo. Cole entendía de hombres, díjose que aquel capitán portugués podía ser un buen refuerzo en caso de que reapareciera la garra. En cuanto a la muchacha, era una joya del más alto precio...

Ella pareció notar en su mirada sus pensamientos, pues sus ojos parpadearon, desvió la vista y se cogió de su, seguramente, prometido. Él también debió notar algo, porque su voz cortés se endureció de modo apenas perceptible.

—Tiene usted una hermosa casa, señor. ¿Desde hace mucho?

—La adquiriré hace cosa de medio año; pero hubo que realizar muchas reparaciones y entre unas cosas y otras no he podido habitarla hasta hace poco. Pero vengan al salón, estaremos mejor, tomaremos un trago y podrán secarse.

Les hizo pasar al salón, ordenando a Dobbs que encendiera el fuego en la chimenea, mientras él llenaba unos vasos. La joven se excusó, diciendo que no bebía, pero el capitán aceptó un trago y también un cigarro. Ambos se mostraban agradecidos, corteses, pero como si colocaran entre ellos y sus anfitriones un muro invisible. Cole lo notó y no le dio demasiada importancia, pues conocía las costumbres de las clases altas portuguesas. Aquella joven pareja lo fascinaba, no sabía cómo catalogarla, pero de que jamás vio antes a una mujer como María Da Luz D'Amaral sí estaba seguro...

Hillman dejó a los perros sueltos en el zaguán y se reunió con Dobbs fuera del salón. Hablaron en tono bastante bajo, ambos ceñudos, sombríos, preocupados.

—¿A ti qué te parece todo esto?

—Lo mismo que a ti. No me gusta nada.

—Los perros están muy inquietos. Y hay algo que me desconcierta. Esa pareja... Los perros les temen, también parecen intrigados por ellos...

—Esos perros tuyos no son lo que se dice muy buenos. Creí que los de su raza no se asustaban por nada ni por nadie.

—Así es. Y te diré que esa pareja son de lo mejor que nunca he manejado. Perros policías, entrenados para atacar sin vacilaciones. Yo mismo he estado trabajando con ellos varios meses, los seleccioné. Esos animales no temen a nada que esté vivo y sea concreto, me consta.

—No me dirás que esa pareja son fantasmas. Has estrechado sus manos y les has visto perfectamente. Son tan de carne y hueso, tan vivos, como tú y como yo.

—De acuerdo. Pero hay algo en ellos... No sé qué es, no puedo definirlo, pero sí sé que existe. Y los perros también lo saben...

—Esos perros tuyos tienen el miedo en el cuerpo.

—De acuerdo. ¿Qué me dices de la mano medio podrida? Tampoco era una ilusión. Te digo que aquí pasa algo que no me gusta nada. Y cuanto antes descubramos qué es, tanto mejor.

Dobbs le habló de aquello a Cole a la primera oportunidad, mientras la pareja visitante se confortaba sentados al fuego de la chimenea y atendidos por Dobbs en su papel de ayuda de cámara. Cole escuchó sus alegatos y asintió, reconcentrando.

—Sospecho que esa pareja tienen algo que ver con todo lo que aquí sucede, que nos han mentido, no se despistaron ni se les estropeó el coche. Precisamente porque lo sospecho les he invitado a pasar aquí la noche. Vamos a vigilarles muy bien, así averiguaremos lo que se llevan entre manos. Después de todo somos tres y estamos alerta, bien armados. Así que nos haremos los tontos y les daremos cuerda...

Desde luego estaba absolutamente convencido de que tanto la joven como el capitán eran seres tan de carne y hueso como él mismo. Creía haber dado con la explicación de todo lo que allí sucedía:

Adquirió muy barata aquella propiedad, casi de balde, a los nietos de sus últimos ocupantes. No les conocía, todo el trato se cumplió por intermediarios con plenos poderes. Por lo visto la familia aquella era de rango, pero venida a menos. Sin duda también eran supersticiosos, por eso no vinieron nunca a visitar aquella su propiedad de tan tenebrosa leyenda y cuando recibieron por ella una oferta de compra vendieron sin reflexionar. Luego sí, reflexionaron, tal vez se informaron, tal vez incluso lograron entrar en la finca y visitarla de modo clandestino, comprobando el pésimo negocio que hicieron. De eso a sentirse estafados, burlados, solo iba un paso; de sentirse así a desear recuperar la propiedad a un precio no mucho mayor del que por ella cobraron, otro paso. Y de él a tramar el medio más conveniente para amedrentar al comprador, llevándole a desear deshacerse de la finca...

Aquella pareja debían ser la hija de los anteriores propietarios y su novio. El capitán era a todas luces un tipo de cuidado, inteligente y decidido, debió ser quien tramara todo el asunto. A él le dieron unos

planos muy antiguos, incompletos. Probablemente habría otros muchos más detallados y en ellos algún pasadizo, algún medio de entrar y salir de la casa ocultamente. Agenciarse la ayuda de alguno de aquellos retorcidos y cucos campesinos, con dinero, no sería fácil. Y luego una buena sesión de magia negra...

Desde luego había que admitir que cargaron la mano. Aquella mano a medio pudrir, por ejemplo, era un golpe maestro. Y el truco que alucinó a Dobbs, muy bueno también. Asustar a los perros llenando la casa de olor a cadaverina, o alguna otra adrede para afectarlos y volverlos medrosos...

Un detalle discordaba, aquel esqueleto al que le faltaban las manos. Parecía llevar enterrado mucho tiempo, la tierra allí no mostraba señales de haber sido removida. Pero ni él ni sus compañeros eran gente del campo, no sabían nada de tierras. Bien pudieron haber metido aquel esqueleto, adquirido en Lisboa, o incluso sacado del cementerio del pueblo clandestinamente, en aquella fosa poco después de terminarse las obras. Habían transcurrido tres meses, en aquella tierra húmeda el esqueleto pudo tomar aquella pátina... Sí, eso debía de ser, y demostraba mucha astucia, mucho conocimiento de la psicología humana, también una decisión fría, implacable, de recobrar la propiedad...

Parecía mentira que una muchacha de tales bellezas y distinción se prestara a una jugarreta tan macabra; pero él, Marvin Cole, sabía por experiencia de lo que eran capaces mujeres muy bellas, de ingenua expresión, si la codicia andaba por medio. Bueno, si era lo que sospechaba, aquel par caería en su propia trampa y él iba a darles una lección que jamás pudieran olvidar. Sobre todo a la hermosa muchacha...

La hermosa muchacha y su gallardo acompañante parecían haber tomado la situación con una rara naturalidad, más aún, hallarse allí como en su casa, mucho más que el propio Cole. El fumaba despacio, ella miraba a las llamas con intensa fijeza. De vez en cuando intercambiaban una mirada, pero una mirada nada común; era cual si de las profundidades de su ser emergiera una luminosidad espectral y, a la vez, violenta, una como llamarada que fuera al encuentro de la brotada en las pupilas del otro para fundirse con ella y destellar en el aire... Claro que también podía ser un simple reflejo luminoso de las llamas de la hoguera.

No hablaban. Ni una palabra. Parecían entenderse con aquellas miradas por telepatía.

Y ciertamente formaban un magnífico cuadro para un observador atento con un mínimo sentido de la belleza, como era, por ejemplo,

Dobbs, que no les quitaba ojo mientras parecía cumplir respetuosamente con sus deberes de servidor. Aquella muchacha y aquel hombre daban la impresión de que, sin ellos, el salón carecía de objeto, con ellos quedaba perfecto en todos sus detalles.

También producían una inquietante sensación de irrealidad.

Capítulo 5

D

OBBS se esmeró preparando la cena y Hillman le ayudó. Ninguno de los dos compartieron la mesa con Cole y sus invitados. Y eso que fue una cena poco común.

La joven apenas si probó bocado, excusándose con la eterna historia de las mujeres, su línea y peso. El capitán, en cambio hizo cumplidamente los honores aunque con una discreta sobriedad. A los ojos de Cole, aquellos dos cada vez más parecían rodeados de un aura como espectral, inquietante y fascinante a la vez. Sentía su influjo como un leve helor en los huesos, a pesar de que el ambiente en el comedor, bajo la brillante luz de las bombillas eléctricas disimuladas en antañosas lámparas, era, ciertamente, confortable y cálido. También Dobbs lo sentía, aunque ninguno de ellos podía comunicárselo al otro.

Afuera había vuelto a llover con cierta intensidad, se escuchaba muy sordo el bramido del mar. La conversación era normal, aunque escasa, se tocaban temas triviales. Cole manteníase de lo más alerta detrás de su exhibición de cordialidad, Dobbs, aún lo estaba más que él tras su máscara de criado eficiente. Los invitados seguían mostrándose corteses, agradecidos, distantes, levemente fríos.

Fuera del comedor, Hillman, armado con su pistola y con la escopeta de doble cañón recortados, recorría despacio la planta baja junto con los perros y de cuando en cuando subía al piso principal, inspeccionando todas las habitaciones. Los dos animales mostrábanse sumamente inquietos, con el pelo erizado y las orejas tiesas, a veces remolones, no se separaban del hombre. Y su nada corriente comportamiento iba, poco a poco, insuflando en la mente y la sangre del forajido un desagradable temor, el que suele sentirse ante lo ignoto e inexplicable, ante las cosas de ultratumba. Sin embargo, Hillman no descubrió absolutamente nada sospechoso. La puerta del sótano permaneció sólidamente cerrada.

Allí, en el comedor, la cena terminó y los comensales volvieron al salón, donde Dobbs les sirvió café y licores. Esta vez la joven admitió una copa de cierto licor de la tierra, antiguo, que Cole había hecho traer, no sabía muy bien la razón de elegirlo, pensando en las mujeres que pudieran visitarlo. El capitán prefirió el excelente «martell».

—Se cuida usted bien, señor Cole. No es habitual encontrar a un

americano tan entendido en estos detalles...

Porque no lo era, Cole se sintió halagado. Porque estaba muy alerta, consideró que pretendían inciensarlo para confiarlo. Sonriendo anchamente respondió que procuraba disfrutar de la vida lo mejor posible.

—Me he retirado de los negocios, los médicos me lo aconsejaron. Me rondaba el infarto de miocardio, ya saben...

Siguió una breve conversación de escasa trascendencia, pero muy hábilmente encauzada, eso Cole lo notó. Hasta que:

—¿Y cómo se le ocurrió adquirir una propiedad tan aislada? Porque esto está en el fin del mundo...

—Bueno, era justo lo que yo deseaba, paz y soledad. Además, me costó muy barata, una verdadera ganga. Y no me olvido de que soy hombre de negocios.

—Así que muy barata...

—Sí. La casa estaba abandonada y arruinada desde hace muchos años. Al parecer hace mucho hubo aquí un crimen misterioso, se creó una de esas leyendas que tanto les gusta a los aldeanos y no hubo quien quisiera comprarla. Pero a mí no me preocupaban poco ni mucho tales consejos, como comprenderán.

Habló con leve desafío, pero su expresión era abierta, cordial. Ellos le miraban fijamente. El capitán dijo pausado:

—Es usted un espíritu práctico, naturalmente. Como todos os de su país.

—Usted lo ha dicho. Los fantasmas son buenos para asustar chiquillos aquí, en Europa. Y si por casualidad se le ocurriera a alguno ponerse a merodear por esta casa, les aseguro que iba a llevarse un serio disgusto.

—¿De veras? ¿Qué podría hacerle?

Una pregunta suave con la cálida y gratísima voz de la joven. Mirándolo fijo, Cole le respondió con parsimonia, pero dejando asomar una nota de dureza a su voz:

—Muy sencillo, señorita. Le soltaría una perdigonada con postas gruesas.

—¿Y cree que haría mucho efecto?

—Estoy segurísimo. A los fantasmas se les suele indigestar el plomo ardiendo. Por eso será mejor que no asome ninguno por aquí.

Quedó un breve silencio tras la seca amenaza de Cole. Le rompió el capitán, con su voz sonora y clara, pero en tono muy medido:

—Confío en que a nuestros fantasmas indígenas no se les ocurrirá venir a molestarles. Sin duda comprenderán que unos americanos como ustedes son gente muy distinta a los portugueses.

—Será mejor para ellos que lo entiendan así, desde luego —gruñó Cole. No le gustó la fina ironía, casi un sarcasmo buido, del comentario del capitán.

Y entonces llegó.

—La verdad es que esta zona está repleta de consejas de ese tipo. Hace algún tiempo me contaron una bastante espeluznante, en un pueblo llamado Outeiro d'Alem que debe caer no lejos de aquí.

Cole se dominó perfectamente.

—No está lejos, en efecto. ¿De qué historia se trata?

—Buena para contarla al amor de la lumbre en noches como esta, imagino. Por cierto, también se refería a una casa como esta, edificada cerca del mar. La edificó hará como siglo y medio un famoso negrero conocido por Almeida «el Malo»... Pero no creo que le interese.

—Al contrario. Cuéntemela. Supongo que la señorita también la conoce.

Su ironía se embotó en el bellísimo rostro de la joven.

—Muy por encima. Duarte me la contó hace tiempo.

Era por lo visto tan buena embustera como bella y atrayente... El capitán bebió un sorbo de coñac, dio una chupada a su cigarro y habló, en un tono muy medido, claro, profundo, de extrañas resonancias, con el mismo diapasón:

—Al parecer Almeida «el Malo» fue una fiera con figura humana, un individuo repleto de crueldad, codicia y maldad más allá de lo explicable. De muy baja extracción social, hijo de un marino y una mujerzuela del puerto de Lisboa, siguió una carrera innoble y criminal que culminó capitaneando un barco con el que dedicóse al tráfico de esclavos durante casi veinte años. De él se contaban en las tabernas de los puertos de este país, Brasil, el Caribe y los Estados Unidos historias inenarrables. Pero el caso es que amasó una enorme fortuna y un día decidió retirarse para llevar la vida de un hacendado rico. Incluso compró con su dinero, a un gobierno innoble, un título de caballero con el que cubrió su siniestro pasado...

»El caso es que Almeida el negrero, convertido en caballero, se hizo edificar una hermosa casa, llenándola de hermosos muebles y objetos de precio, adquirió tierras y se dispuso a llevar una vida de gran señor. También pensó en casarse, como era lógico con una dama. Y eligió precisamente a la más bella de todas cuantas había en esta región.

El capitán hizo una pausa. Por algún motivo que no hubiera podido discernir exactamente, Cole estaba ahora pendiente de sus palabras. Era la misma historia que a él le habían contado cuando expresó su deseo de adquirir la casa, solo que contada de otro modo...

—Elegió a una muchacha de dieciocho años, hija de un matrimonio

noble y dueños de antiguos, ilustres, apellidos, pero por desgracia de muy modesta fortuna. Además, el padre de ella era un hombre codicioso, mezquino, de cerrada mollera y con muy escasa dignidad. Lo demostró negándose a escuchar las súplicas de su esposa, de sus parientes y amigos, de su propia hija, aterrada e indignada ante lo que se le venía encima. En aquellos tiempos, señor Cole, la autoridad paterna era poco menos que omnipotente. En aquellos como en estos, el dinero también. De modo que se consumó la inquietud y la más bella y delicada joven de la región se convirtió en esposa de un criminal, un negrero con el alma manchada por todos los crímenes, que además le llevaba veinticuatro años.

»Aquel inicuo negocio se consumó en una fastuosa ceremonia nupcial que un obispo bien remunerado no desdeñó officiar, aun a sabiendas de que Almeida estaba prácticamente excomulgado. Para Almeida había sido lo más natural, compró a su esposa como antes compraba a los infelices negros. No la amaba, solo buscaba legitimar más su situación, obtener de ella hijos que entraran a formar parte de la nobleza.

»Para ella, la joven desposada, fue el fin del mundo. Entre otras razones porque estaba enamorada de un joven oficial que la correspondía y con quien se proponía contraer matrimonio. Pero el oficial se encontraba a la sazón en Brasil combatiendo a los rebeldes y no tuvo noticias de lo que sucedía hasta que todo se hubo consumado.

Hubo otra pausa en el relato. Cole permanecía como atornillado en su sillón, sin perder la vista a sus invitados y preso de una rara fascinación. La joven no se movía, se la hubiera dicho una estatua de cera a no ser por el acompasado movimiento de su garganta y su bello busto. Cuando chocaban sus miradas, el americano sentía como si se hundiera en un doble abismo. Y ella, desde luego, no se azoraba ni le huía la mirada...

—El oficial volvió a Portugal meses más tarde, conoció lo ocurrido y casi se volvió loco de dolor y de rabia. Sus parientes y amigos debieron impedir que se suicidara, también que buscara a Almeida provocándolo a duelo. Lo que no consiguieron fue que renunciara a su amada, eso sí nadie lo habría podido lograr. Se las arregló para hacer conocer a ella su retorno y ella, que moría de espanto encerrada en la gran casa, casi fortaleza, del negrero, revivió...

»El amor siempre ha sabido hallar los medios para consumarse. También ocurrió ahora. Los dos amantes se agenciaron complicidades, incluso dentro de la casa del negrero, tramaron un plan y lograron burlar a Almeida, a pesar de que él nunca se confiaba, no tenía amigos, dormía con un ojo abierto. Pero en su nueva condición habíase

convertido en hombre de sociedad, con propiedades y negocios honrados. Cuando su esposa quiso tener casa en Lisboa lo halló natural y creyó que así podría ganársela, de modo que puso tal casa. Como a menudo debía salir de ella para atender sus propiedades, tuvo que dejar a su esposa sola muchas veces. La dejó bien guardada, pero ella y el oficial lograron comprar a uno de los guardianes. Su amor, muchísimo más fuerte ahora, que era imposible consumarlo de manera honesta, pudo más que todo y se consumó en la clandestinidad; pero ellos no tenían ninguna culpa, no se sentían culpables.

La voz del capitán era idéntica que al comenzar pero su diapasón se profundizó, adquiriendo acentos dramáticos, sombríos. Fuera de eso, mantenía una actitud que podría llamarse normal, coloquial.

El oficial estaba decidido a raptar a su amada, llevándosela lejos, a España si era preciso, luego a buscar a Almeida y darle muerte. Pero ninguna de aquellas cosas resultaba fácil, además, los amantes se cegaron en la gloria de su amor, descuidaron las precauciones. Y Almeida lo descubrió todo.

»El negrero no amaba a su esposa, pero sí sentía un feroz deseo de ella y un no menos salvaje instinto de propiedad. No sintió celos, solo una fría rabia al verse burlado. Por eso planteó una venganza digna de su negra alma de asesino...

»Primero se llevó a su esposa de nuevo al caserón costero, con un pretexto lógico, sin que ella nada sospechara. Una vez allí la encerró y comenzó a torturarla hasta hacerla confesar la verdad, quiénes eran sus cómplices. Usó el mismo sistema que tenía para dominar a su tripulación y a los esclavos. Enloquecida por el dolor, la esposa acabó confesando. Entonces Almeida la forzó a escribirle una carta a su amante dándole una cita y envió aquella carta con uno de los que los amantes habían sobornado. El oficial no receló, estaba ansioso por volver a estrechar entre sus brazos a su amada y en aquella carta ella le decía que podrían fugarse fácilmente, indicándole cómo debería actuar. De modo que hizo correr entre sus amigos, camaradas de armas y parientes la noticia de que se disponía a realizar un largo viaje por el extranjero, partió de manera ostensible y luego se encaminó a buscar a su amada, tras contratar los servicios de alguien que le fue recomendado por persona en quien confiaba sin saber que Almeida ya lo tenía atrapado por el cuello y dominado por el terror y la codicia.

»Una noche muy semejante a esta, el oficial llegó a la casa de Almeida dispuesto a raptar a su amada. Iba alegre, seguro de sí, confiado; cayó en una trampa innoble y fue capturado no sin dura lucha contra sus enemigos, de los que mató a uno e hirió a otro. Almeida lo hizo trasladar al sótano de su casa y, allí, los dos amantes

pudieron verse por última vez. Delante de ella, a él le cortaron las manos a hachazos, luego Almeida lo mutiló y, finalmente, le abrió el pecho con su propia mano y le arrancó el corazón, tirandoselo a su esposa con una burla demoniaca. Ella sufrió todo aquel suplicio sin poder apartar la cara ni cerrar los ojos, se lo impidieron. Le dio un colapso cardíaco cuando el sangriento corazón de su amado le pegó en el pecho y pareció morir, al menos el suyo dejó de latir y tanto Almeida como los demás por muerta la dieron.

»Almeida había ejecutado su venganza. Hizo enterrar al oficial en un rincón de su propiedad y a su esposa le preparó un gran entierro, haciendo correr la voz de que había fallecido a consecuencia de un aborto. Un médico ruin fue sobornado y tal certificó, se hicieron unos solemnes funerales y fue enterrada con gran pompa en el cementerio de la iglesia de Outeiro, el pueblo cercano a la casa de Almeida. Nadie sospechó nada...

La nueva pausa duró algo más. Cole sentía lijada la garganta, un áspero deseo de beber. Maquinalmente se llenó la copa y ofreció al capitán, que lo aceptó.

—Es una historia bastante desagradable, desde luego. Pero desde Romeo y Julieta ha habido muchas por el estilo —gruñó—. El capitán lo miraba con sus oscuros ojos de un modo terrible, aunque cualquiera habría asegurado que su expresión era tranquila y cortés.

—Esta no ha terminado aún. Lo realmente espeluznante viene ahora.

—¿Salieron los espectros de los amantes a no dejarle dormir al negrero?

—La mujer fue enterrada viva. No había muerto, solo sufrió colapso del que retornó cuando ya habían cerrado la tumba.

Lo dijo la joven, con una voz que siendo dulce, lenta, gratísima en sí, le resultó a Cole como un chorro de agua helada en la nuca.

—Diablos...

—Sí. Cuando recuperó los sentidos, al horror de lo que había debido presenciar se unió el otro, sin nombre, de verse sumida en oscuridad total y comprender que había sido enterrada viva. Gritó, pugnó por liberarse, hizo todo cuanto el pánico y la situación le permitían. Para hacer más horrenda su agonía, contaba con bastante aire, pudo sin duda sobrevivir horas. Cómo lo hizo, ni ella misma debió saberlo, pero el caso es que, semanas más tarde, al abrir el panteón para realizar una limpieza, las mujeres encargadas de la misma y el guardián del cementerio descubrieron, horrorizados, una mano emergiendo por una rotura en el sepulcro de ella. Una abertura lo bastante grande para dar paso a la mano, que se había debido ir destrozando en la agónica

lucha por abrir un camino de vida, y por dónde entró en efecto el aire, pero solo para prolongar aquella misma agonía puesto que, sin duda, la desdichada careció de fuerzas para hacer más. Tal vez murió de hambre, pero seguramente fue de horror.

—Fue de horror.

Lo había dicho la joven con aquella voz suya que llenaba ahora la sangre de Cole con agujas de hielo. El capitán siguió:

—Avisados Almeida y las autoridades, el negrero dominando sus pensamientos como estaba acostumbrado, mostró la debida consternación y ordenó enterrar el cadáver de su esposa de modo adecuado. Poco tiempo después, los encargados de la limpieza descubrieron que la mano había vuelto a abrir un agujero.

—¿De veras?

—Al menos eso dice la leyenda. Avisadas las autoridades eclesiásticas decidieron que se repitiera el enterramiento, bajo vigilancia. Esta vez tardó una luna la mano de la muerta en repetir su intento. Decididamente, se pensó y así se dijo, aquella mujer había muerto llena de desesperación, sin el perdón divino. Hubo exorcismos a todo pasto... y todo fue inútil. La mano volvía a salir.

»Entonces las autoridades eclesiásticas decidieron que aquel cadáver no podía continuar en lugar sagrado. Eran tiempos de superstición, retrógrados en este país, naturalmente. Almeida no creía en Dios, ni temía a los espectros, pero en cambio no deseaba aquella malsana curiosidad alrededor de él. De modo que ordenó llevar el cadáver de su esposa a su finca de campo y la enterró en algún punto del edificio.

—¿Está seguro?

—Sí. El mismo preparó la nueva tumba junto con un par de sus más fieles servidores. Cuatro semanas después lo encontraron muerto en su habitación, en su propia cama. Estaba negro, como si lo hubieran quemado, retorcido como un tronco de pino viejo, de un modo atroz. Tenía la lengua fuera un palmo, los ojos casi fuera de sus cuencas, una expresión horripilante. Exactamente como si hubiera sido estrangulado a la vez que una llama lo consumía. Pero no había la menor señal de fuego en el revuelto lecho, ni en toda la habitación. Tampoco nadie le oyó gritar, pedir auxilio, aquella noche.

»La “voz populi” halló en el acto una explicación. Se dijo que algo terrible había debido suceder, que Almeida había sido matado por el demonio, o más bien por su esposa con ayuda del demonio; eso explicaba su cuerpo retorcido y negro como un tizón, su estrangulamiento. Cuando los dos que ayudaron al negrero a enterrar a su esposa en la casa dijeron dónde estaba enterrada y fueron allí las autoridades, encontraron un agujero en el muro de piedra y la mano

derecha de la muerta fuera, crispada como una garra...

Capítulo 6

M

ARVIN Cole conocía aquella historia deformada y bastante por encima, como trasfondo legendario de otra posterior. Ahora respiró con cierto esfuerzo, porque a su pesar había sentido la impresión del relato, hizo una mueca y gruñó:

—Vaya con el viejo Almeida y su bonita y delicada esposa... Supongo que los enterrarían juntos...

—No. A Almeida lo echaron al mar, siguiendo lo que ordenaba en su testamento.

—Es un bonito lugar para un negrero, desde luego. ¿Y a ella?

—Metieron su mano dentro y volvieron a tapiar la tumba. Luego se cerró la casa a cal y canto. Nadie en la contornada habría osado acercarse a ella después de ponerse el sol, incluso de día era esquivada por los campesinos. Los suegros de Almeida, mejor dicho el suegro, pleiteó largamente para conseguir se le reconociera el derecho a la herencia del negrero. Unos parientes de Almeida también se llevaron parte, pero el gobierno era tan codicioso como ellos. Al final del largo pleito, veinte años después, la finca parece ser que fue subastada públicamente. La adquirió un tal Salgueiro, que había hecho una fortuna en Macao y no creía en espectros.

La hizo reparar y acondicionar, luego se vino a vivir en ella.

—Y supongo que viviría tranquilamente muchos años...

—Supone mal. Solo la habitó tres meses. Un día, sin dar explicaciones, él, su esposa y sus tres hijos salieron huyendo, literalmente de allí. No dijeron por qué, pero las gentes lo supusieron enseguida. Sea como fuere, la casa fue puesta a la venta y tardó algunos años en encontrar nuevo dueño, esta vez un exiliado español que se reía abiertamente de supersticiones y espectros.

—Y que también salió corriendo a los tres meses...

—A los cinco fue sacado para enterrarlo. Lo encontraron muerto, al parecer de un colapso cardíaco.

—Vaya. Supongo que se ocuparían de comprobar que estaba muerto de verás, y no como la esposa de Almeida...

Su burda ironía se embotó en la calma cortés de la extraordinaria pareja.

—Lo hicieron. Las autoridades se lo tomaron muy a pecho, entre

otras razones porque era un extranjero. Además, la medicina había progresado en un tercio de siglo. El forense le hizo una autopsia legal. Dictaminó que el español había muerto de un fallo cardíaco, consecuente a una emoción muy violenta.

—Y se pensó en la mano, claro.

—Se pensó en ella. Era inevitable, como que la casa maldita aumentara su fama. Con todo, en el siguiente medio siglo aún halló otros cuatro compradores, corazones fuertes. Dos de ellos murieron durante la noche, otro se volvió loco de remate. El último, un coronel retirado, un brillante soldado de las campañas coloniales, de notorio valor y sangre fría, aguantó tres años, a principios de este siglo, pero a costa de convertirse en un ermitaño que no aceptaba tratos con nadie. También fue encontrado muerto, pero de un balazo, se había suicidado.

—Menos mal. Eso elimina al menos a la mano de la dama enterrada viva, las damas de entonces no solían utilizar pistola.

—Dejó un diario que la familia procuró escamotear a toda costa, pero no pudo hacerlo antes de que lo examinaran la policía y las autoridades. Se dijo no obstante que era el diario de un loco...

—¿Y qué escribió en su diario el bizarro coronel?

—Que había visto la garra. Él la llamaba así, con el nombre que los campesinos le habían puesto. La había visto muchas veces, aseguraba, pero no fue atacado por ella. Era un soldado, un hombre de honor, un ferviente cristiano y también un liberal acendrado, hombre educado, militar prestigioso. Su diario no mostraba la menor huella de insania, pero cuanto decía era, en pura lógica, absurdo, una sarta de alucinaciones. Por ejemplo, que en numerosas ocasiones la esposa de Almeida se le había materializado, aunque la garra de su diestra, por contraste con el resto del cuerpo, manteníase siempre distinta, la garra crispada de un cadáver. Y que ella le había hablado contándole su espeluznante historia, que no tenía paz ni perdón, ni podría tenerlos hasta tanto hubiera podido reunir sus restos con los de su amado bajo tierra sagrada y ambos recibirían la absolución de todos sus pecados. Y que en aquella casa que era su cárcel, de la que podía no salir, debía esperar hasta tanto aquello se cumpliera.

—Ese coronel debía estar como una chiva... ¿No le dijo el espectro de la dama cómo podía ayudarla?

—Él no podía ayudarla. Debía llegar otro hombre semejante a Almeida, adquirir la casa y habitarla. Entonces llegaría la hora, aquel hombre encontraría el lugar donde yacían los restos de su amado, los desenterraría y, así ella sabría dónde estaban. Así ellos dos podrían reunirse de nuevo y buscar, juntos, la paz.

Cole dominó un escalofrío. Aquel par estaban ya crispándole los

nervios...

—Formidable. ¿Y qué pago recibiría el hombre que les iba a facilitar su reencuentro?

—La muerte.

Cole respingó sin poderlo evitar. Y afoscó el ceño, apretando la boca. Sus invitados estaban mirándole con extraña fijeza, él no había visto jamás ojos semejantes, no conseguía sostenerles la mirada por más de unos segundos. De pronto le pareció que todo el salón estaba frío, a pesar del alegre fuego de la chimenea y el licor que llevaba trasegado.

—Pues sí que son agradables los espectros de este país... —gruñó nervioso—. Y ustedes, desde luego parecen muy enterados de esa historia...

—Yo la oí de niño, hace muchos años, a mi abuela materna, que era de un pueblo cercano a Outeiro y había conocido al coronel y a su esposa, de la que por cierto vivía separado. Claro que también existe una versión mucho más a ras del suelo y mucho menos tenebrosa de lo ocurrido con el coronel. Una que fue propagada, se dice, por su esposa y afirma que a él le gustaba mucho empinar el codo y más todavía las mujeres y guapas. Según la tal versión, el coronel se volvió misántropo como una tapadera para sus incursiones amorosas por todos los pueblos y aldeas de la contornada, no dejando soltera ni casada sin tantear, hasta que un padre, o un marido burlado, le pegaron un tiro, haciendo parecer la cosa como suicidio. Vaya usted a saber quién estaba en lo cierto.

Era la otra versión, en efecto, Cole la conocía.

—¿Usted por quién apuesta, capitán?

—Puesto a elegir me quedo con la primera. Es más impresionante. Claro que usted preferirá la segunda, va sin duda más de acuerdo con su modo de sentir y pensar.

—Así es. Cole estaba recuperando aprisa su serenidad, en vista de que aquel par ya parecían haberle dado su mensaje. De modo que trataban de atemorizarlo con toda aquella sarta de consejas tremebundas y sus trucos de magia barata... Bueno, él iba a enseñarles cómo se jugaba aquel juego. La muchacha era preciosa, haría sin duda una magnífica compañera de cama. Y en cuanto al tipo arrogante, ellos eran tres. Un buen golpe y asunto concluido. Antes de que amaneciera los dejarían a ambos en cualquier camino perdido de los bosques y que fueran luego con su historia a las autoridades. Sin pruebas ni testigos, sería su palabra contra la suya propia, reforzada por Dobbs y por Hillman.

Miró la hora y comprobó, sobresaltado, que era casi medianoche. Sonriente, se levantó, hablando con claridad.

Ellos no dieron muestras de sospechar. Desde luego eran un buen par de farsantes. Y ella lo atraía más cada vez...

—Diablos, con la charla se ha hecho tarde de veras, yo no uso trasnochar tanto y ustedes dos estarán deseando, descansar...

Les acompañó, con Dobbs, al piso alto, luego les indicó sus habitaciones, las cuales se encontraban al lado opuesto de las ocupadas por Dobbs y por Hillman. Eran cuartos para huéspedes, amueblados y decorados al gusto del propio Cole, lo que significaba una mezcla de objetos y muebles del siglo pasado con otros de rabioso modernismo.

—Espero que los hallarán confortables. Como ven, tienen baño conjunto, hay una puerta de comunicación...

Su burda ironía de nuevo se embotó en la actitud fría, distante, pero cortés, de la joven pareja. Ellos diéronle las buenas noches, la joven se introdujo primero en su cuarto y el capitán en el suyo casi de inmediato.

De inmediato asomaron por el extremo opuesto del pasillo Dobbs y Hillman. Cole se reunió con ellos y hablaron a media voz sin perder de vista aquellas puertas.

—Ese par han venido a jugar con nosotros al ratón y el gato, pero les vamos a enseñar que distamos mucho de ser ratones...

—¿Puedo decirle algo?

—Claro que puedes. ¿Qué pasa?

—He estado observando a esos dos desde que llegaron. Y cada vez me gustan menos.

—¿A qué te refieres?

—A todo. Y me sorprende que usted no se haya dado cuenta. Aunque a decir verdad, también usted estuvo raro todo el tiempo, mientras el tipo ese contaba su historia. A propósito, ¿qué hay de verdad en ella?

Cole se dio cuenta de que debía atajar rápido el recelo de sus compinches y adoptó la adecuada actitud.

—Una de tantas leyendas macabras de la vieja Europa, muchacho. No te la habrás creído... Bueno, yo la oí, pero sin tantos detalles, de boca de las gentes de por acá. Lo único cierto es que el último que vivió aquí, ese coronel, estaba más loco que una cabra y se pegó un tiro. Todo lo demás lo pusieron las viejas.

—Es posible. Pero nosotros hemos descubierto a ese esqueleto manco bajo los castaños y casi de inmediato aparecieron esos dos...

—Que sin duda sabían muy bien que íbamos a encontrarlo allí porque ellos, u otros amigos lo pusieron. Estoy seguro de que tratan de asustarme para que vuelva a venderles la casa a bajo precio, eso es lo que ocurre.

—Los perros...

—¡Olvídalos! Esos perros tuyos son demasiado fáciles de amedrentar. No me iréis a decir que ese par son dos espectros, ¿verdad? Yo os diré lo que son, un par de hábiles farsantes. Sospecho que usan lentillas especiales que les da ese raro brillo en sus ojos y que se han untado con alguna sustancia química capaz de provocar alucinaciones ligeras a quienes estén cerca de ellos durante algún tiempo. Han debido acechar mi regreso con toda su fantasmagoría preparada y ahora esperan, sin duda, que estaremos cuando menos nerviosos. Pero yo os diré lo que vamos a hacer. Nos mantendremos al acecho, en cuanto asome él, porque será él quien asome, estoy seguro, le vamos a atizar un buen golpe que lo ponga fuera de combate... No matarlo, solo fuera de combate, ¿entendido? Y luego nos divertiremos a placer con la muchacha. Cuando terminemos, les cogemos a los dos y nos les llevamos lejos, dejándoles en cualquier parte. Si quieren que vayan a denunciarnos, tendrán que probar que estuvieron aquí y todo lo demás, ¿comprendido? Y desde luego no va a resultarles fácil.

Habló casi tanto para convencerse a sí mismo como a los demás. Los tres estaban nerviosos, pero la idea de violar a la bellísima muchacha había prendido como fuego en monte seco en el cerebro de Cole y del mismo modo se transmitió a los otros dos forajidos. La explicación de Cole, además, resultaba lógica, muchísimo más que admitir la posible existencia de espectros...

Los tres bandidos norteamericanos se dispusieron a poner en práctica su propio plan, convencidos de vérselas con unos mixtificadores audaces, pero de carne y hueso.

Capítulo 7

L

A medianoche sonó en el hermoso reloj de pesas del zaguán, con lentas campanadas. Cole pensó que Dobbs debía haberlo puesto en marcha. Lo mismo pensó Dobbs, pero refiriéndose a Cole. Hillman no pensó nada, creía que ellos le dieron cuerda al llegar.

La lluvia seguía cayendo, lenta, espesa. El sordo fragor del océano llenaba el silencio, aumentándolo. Los dos perros estaban en la planta baja, sueltos pero muy amedrentados.

Cole se encontraba tras de la puerta de su propia alcoba, entreabierta, con la pistola en una funda sobaquera. Dobbs y Hillman, juntos y poderosamente armados, aguardaban, agazapados en el rellano de la escalera. El primero tenía una de esas armas sumamente efectivas típicas de los criminales de su país. Una pequeña gorra de caucho, de forma especial, con la cual se podía poner fuera de combate de un golpe bien dado, a un hombre robusto, sin matarlo.

Sus órdenes eran claras, terminantes. No matar. Debían dejar que el capitán Fáñez oficiara un rato de fantasma, que se alejara del cuarto de su amiga, luego quitarlo de en medio y amarrarlo concienzudamente, inutilizándolo. Después le llegaría el turno a la bellísima y atrevida muchacha de saber cómo las gastaban ellos...

El tiempo pareció alargarse de pronto. Alargarse mucho para los tres americanos en vilo. Cole sentía los latidos de su propio corazón...

No sintió materializarse a su espalda la garra, ni aunque lo hubiera presentido, habríala visto en la absoluta oscuridad. Sin embargo, la garra estaba allí, tras él, acercándosele muy despacio, con sus dedos crispados y sus largas uñas corvas...

Cole estaba encorvado, con una mano sobre la hoja de la puerta y un ojo pegado al estrecho espacio de la abertura, cosa en apariencia inútil porque el pasillo era una masa negra. Sin embargo, habían sido de tal modo arregladas las puertas que al abrir cualquiera de ellas sonarían débiles ruidos, más que suficientes en el tremendo silencio...

La garra llegó apenas a un palmo de la nuca de Cole. Se detuvo. Y un instante después, descargó sobre aquella nuca su golpe.

Cole tuvo la misma premonición que la noche anterior, pero esta vez un poco demasiado tarde. Antes de que pudiera reaccionar, o emitir el menor sonido, sintió cerrársele sobre la garganta los dedos gélidos de

la garra...

El cuello de Cole era grueso. Sin embargo, aquella zarpa humana, de cadáver femenino, pareció crecer, crecer de repente y abarcárselo con tal justeza como una argolla. A la vez, una presión brutal cercenó el sonido en la garganta de Marvin Cole y no permitió el paso del aire a sus pulmones.

Fue un ataque súbito, inesperado, y el bandido americano tardó acaso dos décimas de segundo en reaccionar. Luego alzó ambas manos al cuello tratando desesperadamente de impedir que la garra de mujer muerta lo ahogara. Sus propios dedos engarfiados tropezaron con la piel de la garra, trataron de meterse entre ellos y su propio cuello, presionando para libertarse...

Inútil. Aquellos dedos ahora extraordinariamente largos semejantes al acero. Las uñas se clavaban en la piel del cuello provocándole a Cole un agudo dolor, pero con todo era liviano. Lo importante, lo aterrador, aquella presión implacable que le impedía respirar gritar...

Marvin Cole luchó por su vida como jamás antes en cualesquiera otras ocasiones. Sin advertirlo, fue hacia el interior de la alcoba, trastabillando, tambaleándose, con ambas manos engarfiadas sobre los dedos de la garra de la mujer muerta siglo y medio atrás de un modo atroz y que parecía decidida a estrangularlo, a pesar de sus agónicos esfuerzos para impedirlo. Con la lengua saliéndosele por entre los dientes, hinchada, llenándole la cavidad bucal, los pulmones agobiados por la falta de aire y aquella presión atroz que le hacía salirse los ojos de sus cuencas, pareciendo que iban a estallarle las venas en las sienes, Marvin Cole luchó, luchó, luchó...

Sin ningún éxito. Poco a poco sintió cómo se le anublaban los sentidos, se le iban las fuerzas. Y cuando tropezó con la cama perdió el equilibrio para caer sobre ella pesadamente, luchando siempre contra la garra demoniaca, implacable que lo estrangulaba.

Y luego todo fue negrura.

Mientras tanto, allí en la escalera Dobbs y Hillman no se dieron cuenta de lo que sucedía en la alcoba de Cole, por la sencilla razón de que ellos estaban atentos a otra cosa.

De pronto escucharon, con nitidez, el leve chirrido indicador de que se abría una de las puertas de las habitaciones ocupadas por los dos visitantes. Y pensaron en el acto que salía el capitán Fáñez.

Tenían sus órdenes y las ejecutaron, comenzando a retroceder con todo sigilo y luego, al quedar seguros de que el capitán venía hacia la escalera, a descender por ella, de espaldas. Fue un descenso más bien lento, totalmente sigiloso, envueltos en total oscuridad. La pétrea escalera y sus zapatos con suela de goma sintética contribuían al total

silencio. Eran hombres muy habituados a situaciones parecidas y desde luego no sentían el menor miedo, ni menos estaban dudosos de cómo la cosa iba a terminar.

Llegaron sin dificultades al pie de la escalera y se separaron sin siquiera un bisbiseo. Dobbs se colocó estratégicamente, alistó la porra de goma y esperó...

No fue sin duda una larga espera, pero a él le pareció que lo era. Sin embargo sus nervios permanecían firmes, serena su mente. Y cuando escuchó el leve roce de los pies del capitán llegando abajo, cuando su instinto más aún que sus sentidos dijéronle que lo tenía allí, a tiro, se movió con la sigilosa efectividad del asesino profesional.

Un salto, una mano que se alza empuñando una porra de goma y descende con medido ímpetu, un golpe seco, un gemido sordo, inmediatamente un ruido más seco, el producido por un cuerpo humano al desplomarse. Se había terminado.

Dobbs suspiró hondo y luego dijo, a media voz, a Hillman—: Ya va listo. Da la luz.

Le contestó el silencio.

Dobbs se puso rígido al instante. Y llamó a su compinche con una nota tensa en la voz:

—¿Qué te pasa? ¡Contesta y da la luz!

Silencio. Y negrura.

Dobbs sintió como un leve escalofrío en la nuca. Contuvo el aliento de nuevo y comenzó a retroceder, manteniendo la porra empuñada, mientras sus ojos trataban inútilmente de rasgar la oscuridad, de escuchar algún sonido que le indicara qué estaba sucediendo allí. Pero nada...

Y él ya sabía que algo salió mal, que su compañero, del que se apartó apenas un par de minutos antes, no estaba allí, ahora...

Conocía perfectamente la disposición de aquel punto de la casa, eso formaba parte de su entrenamiento profesional. Midió mentalmente su retroceso y se movió después, centímetro a centímetro, hasta el lugar donde existía un conmutador de la luz eléctrica recién conectada. Finalmente llegó allí.

Aguardó un momento, tratando aún de localizar algún sonido que le indicara dónde estaba el otro. Porque había otro, de eso no le cabían dudas, acechándolo; lo sentía en los tuétanos ahora...

Sintió un escalofrío cuando al manipular el conmutador no se encendió la luz. Alguien había parado el generador.

Dobbs era un asesino endurecido, la muerte y el peligro no lo atemorizaban, tampoco el silencio, ni la oscuridad. Pero estaba comenzando a sentir una inquietud muy semejante al miedo, un miedo

duro, de valiente. Se guardó la porra y empuñó la pistola, quitándole el seguro. Fuese lo que fuese lo que había ocurrido a Hillman, una cosa era cierta, quien lo puso fuera de combate de modo tan perfecto no pensaba andarse por las ramas. Él había enviado a dormir al capitán sin lugar a dudas, pero Hillman debió tropezar con alguien agazapado al pie de la escalera y que no dio tiempo ni a resollar.

Pistola en mano, Dobbs se movió con total sigilo calculando mentalmente las distancias para no desplazar ningún mueble ni chocarlos. Ahora el silencio era obsesivo y, de algún lugar en lo profundo de la negrura, llegó aquel maldito olor a carroña, poco a poco, cada vez más fuerte.

Encontró al fin lo que buscaba y necesitaba. Sabía que él mismo la dejó allí. Cuando tras afanoso tantear sus dedos asieron la linterna eléctrica sintió una vivísima emoción de alivio...

Un momento después encendía la linterna y el rayo de luz dorada taladraba la oscuridad, moviéndose como la mirada de un gato enfurecido.

No encontró nada, no al enemigo que buscaba. Pero al pie de la escalera, caído de bruces, engarabitado, estaba un hombre.

Hillman.

Dobbs emitió una sorda maldición. Ahora sentíase desconcertado. ¿Cómo pudo Hillman ser tan estúpido?

En tres zancadas se llegó a su lado y, sin ocuparse momentáneamente de la posible presencia cercana del capitán Fáñez, se arrodilló, volviendo a su compañero boca arriba.

Era Hillman. Y tenían para rato, le pegó en el sitio justo.

¿Por qué Hillman tuvo que moverse, acercándosele, si sabía que estaba esperando al capitán? ¿Y por dónde andaba el capitán ahora? No debió bajar la escalera, entonces. Quizás fue al cuarto de Cole... Pero no, Cole estaba al acecho tras de su puerta... ¿Y si la entrada secreta estaba en algún punto de la pared de la escalera? No se escuchó nada, pero...

Aquel maldito silencio, aquel odioso hedor... Dobbs estaba muy incómodo de nuevo, recordó aquella mano de cadáver engarfiada moviéndose en el aire sobre Cole dormido y luego hacia él mismo... Levantándose, escudriñó con la linterna toda la habitación, sin resultados. Pero aquello nada suponía. Era preciso encontrar al capitán cuanto antes y ponerlo fuera de combate. Avisar a Cole lo sucedido solo serviría para que Fáñez lo oyera y preparara una buena justificación de su excursión nocturna, o volviera a su cuarto mientras ellos lo buscaban por toda la casa. Mejor dejarle creer que nada había sucedido, que ellos dormían...

Se movió sigiloso, pero llevando por delante la luz de la linterna,

odiaba ahora la total oscuridad.

En el zaguán halló a los perros.

Estaban acurrucados en un rincón, pegados, uno al otro y con las orejas puntiagudas, los pelos erizados, exactamente igual que cuando entraron en el sótano por la mañana; igual no, más aún.

Y aquel olor a cadaverina...

Sintiendo resacas las fauces, Dobbs movió su linterna lentamente, escudriñando todo el zaguán, las puertas, las entradas a los pasillos... mientras se acercaba a los perros, que a su vez parecieron cobrar cierta energía al olfatearlo y reconocerle. Para que dos animales como aquellos estuvieran tan asustados, algo especialmente horrible tenía que ocurrir.

Especialmente horrible...

Así era lo que se materializó en el pasillo que venía de la cocina y la entrada al sótano. Tan horrible que incluso el muy duro criminal que era Dobbs se quedó helado de espanto sin poderlo evitar.

Era un hombre joven, concretamente el capitán Duarte Fáñez de Meneses. La luz de la lámpara no dejó lugar a dudas acerca de ello, aunque su rostro aparecía desencajado de un modo atroz y sus ojos casi fuera de las órbitas, muy fijos, espeluznantemente fijos y quietos.

Vestía únicamente unos calzones como los usados siglo y medio atrás. Sus brazos pendían a sus costados y no tenía manos, sólo dos muñones sangrientos de los cuales parecía gotear, muy despacio, sangre casi negra, espesa.

Y todo el lado izquierdo de su pecho era una horrenda herida, una masa sangrienta en la que rebrillaban las costillas, un negro agujero en el lugar del arrancado corazón.

Capítulo 8

M

ARVIN Cole retornó lentamente en sí. Poco a poco, a su cerebro fueron llegando los recuerdos de algo que lo crispó de repente, haciéndole comprender que estaba vivo.

Estaba vivo... Pero entonces, la garra...

Se llevó veloz ambas manos a la garganta. Y no encontraron nada. La garra que lo estrangulaba había desaparecido, él estaba vivo...

Cole se dio cuenta entonces de que yacía boca arriba en una cama, la suya. Despacio, aturdido, alzóse, alargó una mano, tropezó con lo que buscaba y lo apretó.

La lámpara de pantalla puesta sobre la mesilla de noche se encendió derramando su luz por la habitación. Estaba solo.

Estaba sola... Marvin Cole se echó fuera de la cama y, como un autómatas, fue a mirarse al hermoso espejo antiguo que había hecho colocar en una de las paredes.

Había luz sobrada para comprobar lo que comprobó. En su garganta ni señales del estrangulamiento.

Y la puerta de su habitación estaba cerrada.

Marvin Cole volvió a la mesilla de noche, la abrió, extrajo la botella llena de *whisky*, la destapó con manos temblorosas y se atizó un largo trago de licor, entonándose. Luego respiró hondo, separó la botella, metió mano a la funda sobaquera y sacó la pistola, comprobando que estaba cargada y en perfecto estado.

Siempre como un autómatas, Cole se encaminó a la puerta, la abrió y miró al pasillo.

Vacío y silencioso, al menos en lo que le permitía ver la claridad difusa saliendo desde sus espaldas.

Tenía que admitirlo. No podía recordar cómo, ni cuándo, ni en qué forma, se había quedado dormido sin sentirlo, encima de su cama. Y así sufrió una vívida pesadilla.

Tales cosas pasaban a veces... a otros. A él nunca le había sucedido. Pero era la única explicación. Todo lo demás resultaba absurdo.

Miró la hora en su reloj-pulsera. Y se sobresaltó. Eran ya las tres de la madrugada. Aún no era la una cuando se emboscaron...

Volvió a buscar la botella y repitió el tiento. Luego se guardó la pistola. Tenía un poco embotada la cabeza, una sensación desagradable

en la garganta, como de agobio, pero eso era todo. Una maldita pesadilla... ¿Estarían usando drogas de efecto retardado aquel par...?

Dobbs y Hillman debían haberse cansado de esperar allí fuera. Extraño que no vinieran a consultarle... ¿Les habrían puesto fuera de combate también? Había que comprobarlo...

Volvió a salir. Y justo en el momento que salía, vio, claramente, cómo se abría la puerta de uno de los cuartos al fondo del pasillo. La del correspondiente a la muchacha.

Veloz, despejado de golpe, Marvin Cole retrocedió, alistando su pistola. Pero a media acción se quedó quieto, desconcertado, aturdido.

Porque era en efecto la joven quien salía. Vestida únicamente con un amplio camisón blanco, de corte antiguo, que solo ella y el diablo sabrían de dónde lo sacó, los cabellos sueltos sobre los hombros y descalza. Bellísima.

Sonámbula.

Al menos, tal parecía, por su modo de caminar. Semejaba un blanco fantasma, sobremanera bello y seductor. Marvin Cole sintió que se le secaban las fauces de golpe. No se movió, mirando cómo ella llegaba, paso a paso, cual temerosa de despertar a alguien. Y cuando la tuvo más cerca no le cupieron dudas de que estaba dormida. Sonámbula...

Y venía allí, a su habitación.

Sonámbula o fingiendo, aquello era demasiado fuerte para un tipo como Marvin Cole; retrocedió despacio, sin soltar la pistola, al interior de la alcoba, dejando la puerta abierta. Y en efecto, la joven entró.

Entró, se volvió, cerró la puerta cuidadosamente y volvió a mirarle. A mirarle, sí, con ojos bien abiertos, profundos como abismos, con aquellas como llamas lejanas fulgiendo en los iris...

—Por fin estás aquí, mi vida... Pero hemos de ser muy prudentes, no vayan a escuchar algo los criados...

Era su voz ronca, de terciopelo cálido, tan seductora; y vibraba con clara pasión. Marvin Cole tragó saliva con esfuerzo, sin saber qué decir. Ella no le dio tiempo.

—Tenemos toda la noche para nosotros, vida mía. El negrero no regresará hasta mañana por la tarde. ¿Recibiste bien mi aviso? He estado esperándote loca de inquietudes, con el temor de que Joan Felipe no te hallara, o algo te impidiera venir...

Mientras hablaba se le iba acercando. Sus magnéticos ojos, tan bellísimos, lo dominaban con su fulgor, de toda ella, de su piel blanca y fresca, mal velada por el amplio camisón blanco, se desprendía esa fragancia inimitable, afrodisíaca, de un cuerpo joven y sano de mujer...

Marvin Cole estaba preparado para todo; para todo menos para el hecho de que aquella maravillosa muchacha fuera, o se fingiera,

sonámbula, viniendo a metérsele en el dormitorio. Y si no era sonámbula, si no estaba en pleno trance, soñando ser la mujer del negrero Almeida, por todos los demonios que lo fingía muy bien...

Reaccionó alargando una mano para tocarla. Pero como adivinándole el pensamiento, ella se lo impidió alzando la suya y asiéndosela con nerviosa energía, una presión que le llenó curiosa, extrañamente, la sangre con una absurda mezcla de fuego y de hielo.

—Cuán feliz soy teniéndote conmigo... —la voz de ella era una caricia por sí misma, erizaba la piel—. Quisiera, tú lo sabes, estar siempre a tu lado, fundida contigo...

Sonámbula o farsante, era demasiado, Marvin la atrajo a sí con cierta violencia. Totalmente inútil, porque ella no solo se dejó atraer, sino que tomó la iniciativa de echarle los brazos al cuello, pegárselo y ofrecer sus labios entreabiertos.

El contacto tibio del joven cuerpo femenino acabó con buena parte de los recelos del aturdido Cole. La atrapó con la mano libre mientras se metía la pistola en un bolsillo del pantalón, echándole maquinalmente el seguro para que no se le fuese a disparar en el momento más importante...

Los labios de ella eran abultados, jóvenes, frescos. Pero ardían. Como su aliento, como su beso. Era cual si aquella muchacha estuviera hecha de fuego. Sin embargo, por contraste sus brazos delgados, tan blancos, tan bellos, semejaban muy fríos... y sus manos le aferraban por detrás el cuello casi como lo había hecho la garra en su pesadilla.

Pero esta no era ninguna pesadilla, esta era una mujer de carne adorable, en sus brazos, besándolo como jamás mujer lo besó.

Sonámbula o fingidora, la muchacha le demostró estar ardiendo de amor. Su beso aturdió, anonadó, subyugó, al bandido americano dejándole los pulmones sin aire, más aún, llenándoselos de un aire abrasador. Le pareció como si comenzaran a arderle las entrañas y era una sensación terrible, pero a la vez intensamente afrodisíaca.

Cuando ella se separó de él ya no tenía voluntad propia, era un simple macho en celo. Miraba a aquel par de insondables, enormes, magnetizantes pupilas como alucinado y creyó ver en ellas odio, burla, incitación, un gozo implacable...

Pero cuando parpadeó y volvió a abrir los suyos solo halló ofrenda ardorosa.

—Deseas mi amor, ¿verdad? Lo deseas tanto como yo tenerte...

Era un modo de hablar. Marvin Cole había oído a muchas mujeres decir muchas cosas en parecida situación. Una vez se despojaban de sus hipocresías sociales las más mostrábanse como eran realmente. Y cómo eran...

Esta era diferente. Distinta a todas...

Siempre mirándolo, separóse un paso y comenzó a deshacer los lazos de seda que sujetaban el amplio camión. Por fin soltó el último, separó la prenda y se le mostró en toda su inmarcesible belleza.

Si Cole actuó con ímpetu juvenil, ella no fue precisamente una tierna y asustadiza enamorada. Jamás el granuja americano habríase tropezado con una amante así, ni aún de lejos. Se hundió, pues, plenamente en la vorágine, cerrando las compuertas del cerebro a todo, absolutamente todo; lo que no fuese aquel brutal y magnífico placer de sus sentidos.

También, por alguna razón, cerró los ojos...

Y de repente toda su epidermis, desde sus labios y los pulpejos de sus dedos hasta su misma piel, sintió cómo se reblandecía y cambiaba aprisa el turgente cuerpo femenino, al tiempo que a su olfato llegaba un insufrible hedor a carroña. Súbitamente alarmado y alerta, abrió los ojos...

Un horror inefable lo atenazó, se le metió en la sangre y el alma como chorros de hielo viejo. No era posible, no, no...

Estaba sobre un cadáver descompuesto, su boca pegada a un repugnante amasijo del que destacaban los dientes horriblemente blancos, mirando las vacías cuencas de unos ojos.

Quiso vomitar y no pudo. Tratar de saltar de junto a aquella cosa horrenda y entonces advirtió, fuera de sí, que no podía porque... los brazos del cadáver eran como cadenas de acero, de una fuerza infinitamente superior a la suya. Y las manos, aquellas manos bellísimas, que poco antes le procuraban caricias inenarrables, ahora le ceñían el cuello como una doble argolla, apretando, apretando...

Marvin Cole supo, ahora, que iba a morir. Si no estaba ya muerto y en poder del cadáver de la esposa de Almeida, el negrero, desde que se sintió atacado por ella en la oscuridad. No había sido una pesadilla, fue real. La pesadilla, la increíble, la espeluznante pesadilla, estaba viviéndola ahora...

Trató con toda su alma de soltarse, de gritar. Pero de su garganta solo pudieron escapar ronclos sonidos guturales, sus músculos semejabán desprovistos de fuerza. Y aquellas garras putrefactas iban apretando, apretando, quitándole el aire vital, mientras de las cuencas de aquella calavera podrida emergía el mismo fulgor que halló en las bellísimas pupilas de la muchacha que no lo era, que era el espectro de la esposa de Almeida, tal y como debió ella ser en vida, convertido en demoniaco señuelo para atraparlo y llevárselo al infierno...

—Estabas ansioso de mí, ¿verdad? Pues ya me tienes, ya eres mío, para siempre...

Era la voz de ella, pero como viniendo de una aterradora lejanía y deformada de un modo crispador. Emergiendo de su boca roída por los gusanos, negra-azulencia, lívida, con todos los asquerosos colores de la carne en putrefacción, mientras la espléndida dentadura remedaba una sonrisa atroz...

Lenta, muy lentamente, Marvin Cole se vio forzado a permanecer pegado al cadáver que lo retenía con un abrazo mortal. Y luego a pegar su boca, espantosamente entreabierta, distendida en un rictus de horror, asco y agonía, con la lengua amoratada saliéndole por entre los dientes, a la boca roída del cadáver. Hasta que su propia lengua, semejante a una gran babosa agonizante, penetró por entre los dientes de la calavera y, buscando aire vital, entró en contacto con el hábito helado de la Muerte.

★ ★ ★

Dobbs no pudo reaccionar de momento. Lo que tenía ante los ojos, iluminado por el haz luminoso de la linterna que él mismo empuñaba, era algo demasiado atroz, incluso para alguien como él. Sintió, sí, a los perros gañir, mortalmente asustados, a su lado...

Sentía que la sangre se le había helado en las venas. Luego tuvo una violenta reacción, la misma que le llevó a disparar sobre la garra en la noche anterior.

Alzando la pistola hizo fuego velozmente, una dos, tres veces. Con pulso bastante firme, dadas las circunstancias.

Vio perfectamente los impactos sobre el espectro. Eran horripilantes, porque se formaban nítidos agujeros sobre la carne lívida, enrojecían ligeramente... y luego se esfumaban, volviendo a aparecer la piel intacta.

Siguió disparando hasta agotar el cargador. Igual. Y cuando no le quedó ninguna bala, Dobbs el asesino de nervios de acero, conoció el miedo. El verdadero miedo.

Impulsado por él, giró alocadamente y corrió hacia la puerta de la casa. Ni supo cuándo había libertado sus manos de la inútil pistola y de la linterna, pero lo cierto fue que recorrió los cerrojos de acero resollando de pánico. Sintiendo olor a cadaverina cada vez más fuerte, tuvo la impresión de que el espectro del capitán Fáñez venía por él para aniquilarlo...

De pronto la puerta se abrió a sus ansias. Dobbs ni miró atrás, saltó como loco al exterior y corrió, desalado, a través de la noche y de la lluvia, seguido por los perros, no menos asustados que él mismo.

La oscuridad era completa, pero al menos estaba, se sentía libre.

Desarmado, cierto. ¿Pero de qué servía una pistola contra un espectro? Y era un espectro, sí, lo era... Esta vez no tuvo ninguna duda. Había espectros, el infierno tenía sus propias criaturas.

Dobbs corrió hacia el portón de salida de la finca. Al llegar a él descubrió que no podía abrirlo. Se cerraba con llave, amén los cerrojos, y la llave quedó en la casa. Tendría que escalar...

Entonces se volvió y le vio.

El espectro del capitán Fáñez había salido de la casa y parecía venir en su busca. Era claramente visible, porque emitía una fosforescencia verdosa moviéndose hacia el portón.

Dobbs sintió que se le erizaban los cabellos. Trató desesperadamente de gatear por el portón, pero falló de modo lamentable. La lluvia, volviendo resbaladiza la superficie metálica, parecía haberla aceitado.

El asesino norteamericano habría dado ahora cualquier cosa por verse entre los muros del peor de los penales de su país. Maldecía ya con furia la hora en que se le ocurrió venir a Portugal, pero con eso nada iba a resolver. No quería morir, atacado por el espectro sin manos ni corazón de uno que murió siglo y medio atrás...

Volviéndose, corrió ciegamente arrimado a la tapia de la finca, en busca de alguna posibilidad de fuga. Los perros, ahora, le habían abandonado, como si advirtieran que el espectro no les buscaba a ellos, sino a él. Porque el espectro ya había advertido su fuga en otra dirección y variaba la suya de avance, aunque seguía moviéndose sin ninguna prisa.

Dobbs estaba sintiendo un horror total, hasta entonces de él desconocido. Allí no había trucos de ninguna clase, como ya comenzó a sospechar cuando no pudieron dar con los agujeros por dónde alguien pudo haber manejado una cámara cinematográfica muy especial simulando la mano cortada. Hubo una mano realmente cortada, la de la esposa del negrero Almeida. Y ahora había desenterrado su esqueleto y al hacerlo desataron solo Satanás sabría que fuerzas siniestras, decididas a aniquilarlos...

Los dos, el capitán y su bellísima acompañante, eran puros espectros. Habían reencarnado en los cuerpos que tuvieron un día, tomaron consistencia y vida, gracias a aquellas mismas potencias negras, infernales. Lo hicieron para engañarlos, tranquilizarlos, hacerles creer en trucos de magia por parte de los anteriores dueños de la casa, deseosos de recuperar una valiosa propiedad vendida estúpidamente a precio irrisorio. Fue eso, sin duda le insuflaron a Cole la idea en la mente...

Pero lo que ellos deseaban era matarles, a los tres. Sin duda Cole ya

estaba muerto, la garra se habría encargado de él. Lo intentó la noche anterior pero él, Dobbs, se lo había impedido, por eso iban a matarlo ahora. Claro que el espectro del capitán carecía de manos. Pero Satanás le proporcionaría medios para hacerlo...

Retrocedía ahora despacio, de espaldas casi, tropezando en el terreno encharcado, con la lluvia azotándole de flanco y de cara, según sus movimientos. No tardó en darse cuenta de que estaba calado y aterido. Llevaba puestos solo la camisa y los pantalones, calzaba unas zapatillas con suela de goma. Y aquí fuera hacía un frío húmedo, penetrante...

Una nimiedad, comparado con lo que de manera implacable venía a su encuentro.

Le veía con absoluta nitidez, una figura fosforescente moviéndose despacio tras él, a distancia de un centenar de pasos, como mucho, igual como lo hacen los fuegos fatuos. No lograría eludirlo, a no ser que pudiera saltar la tapia y escapar a campo traviesa...

Lo intentó una y otra vez, con desespero. Pero la tapia era nueva, había sido edificada a conciencia bajo la supervisión del propio Cole, que en tiempos lejanos tuvo «negocios» de construcción. Alta de tres metros, y lisa, no dejaba asideros para el hombre aterrorizado.

Fue aquella una huida sin esperanza. Dobbs ya no podía reflexionar, se había convertido en un animal que se enfrenta a algo más allá de su comprensión y, presa del pánico, actúa siguiendo el puro instinto de conservación. Trompicando, cayendo a veces, retrocediendo siempre, recorrió todo aquel sector del muro sin tener éxito en sus intentonas, perseguido de aquel modo lento, tenaz, por el espectro fosforescente que retenía sus miradas y era la fuente de su terror.

Luego llegó al final del muro y escuchó, abajo el fragor del océano.

Dobbs no había tenido mucho tiempo para recorrer la finca y darse cuenta de su configuración exacta. Entre que era hombre de ciudad y que desde el momento de su llegada ocurrieron hartos acontecimientos solicitadores de su atención, aquella parte de su cometido lo pospuso para más adelante. Ahora se arrepintió de haberlo hecho.

Ya sabía cuál era la táctica del espectro. Acorralado contra los acantilados y despeñarlo al mar.

Comenzó a moverse cautelosamente, con los oídos atentos al fragor del oleaje y la mirada fija en el espectro. Podía sentir con nitidez el salvaje golpeteo de su propio corazón, ya no sentía frío, todo él era frío, tenía el vello erizado. De repente sintió unas tremendas ganas de orinar y defecar, tuvo que satisfacerlas porque otra cosa no podía. Y mientras hacía, recordó lo que se contaba de hombres abocados a morir que se ensuciaban encima en el paroxismo del terror. Aquellas historias

siempre le provocaron un intenso desprecio, consideraba puros cobardes a los tales. Ahora sabía en su propia carne lo que era sentir tanto miedo que los esfínteres se aflojaban...

Cuando vio demasiado cerca —y en cualquier caso siempre estaría demasiado cerca— al espectro, se subió de nuevo los pantalones y reemprendió la fuga entre la lluvia y la oscuridad.

Pero el espectro parecía captar todos sus movimientos, saber dónde se encontraba en todo instante. También complacerse en aumentar su terror pánico hasta el límite de la locura. Inició una contradanza de movimientos que llevaban a Dobbs, contra su voluntad, de manera implacable hacia un determinado punto de la costa, la punta que cerraba, al Sur, la pequeña ensenada.

Pero eso Dobbs no lo sabía, porque había perdido toda orientación. Solo tenía dos puntos de posición, el espectro y la mancha clara de la casa. La casa le estaba prohibida, porque sin duda estaría allí, esperándolo por si decidía retornar la garra...

Poco a poco se fue metiendo en la punta, desarbolada, cubierta por matorrales malos, rocas y yerbajos, batida de lleno por la lluvia densa y el frío viento del océano. Supo que estaba acorralado en una de las puntas que cerraban la ensenada y formaban parte de la finca, pero no sabía en cuál. ¿La septentrional y más ancha, la otra, más larga?

En cualquiera de ellas, acorralado. Cuando trató de escurrirse por uno de los flancos para regresar al prado ante la casa, el espectro le cerró el paso moviéndose veloz, llegó a tenerlo apenas a media docena de metros y vio, claramente, cómo sus ojos vidriados se movían, buscándole. Los sangrientos muñones de sus antebrazos estaban ahora semialzados, apuntándolo como antenas de radar. No, no iba a poder escapársele...

Continuó intentándolo. Ahora comenzó a sudar de manera copiosa, un sudor frío y nauseabundo cuyo olor se mezclaba al de cadaverina que a pesar de la lluvia y el contraviento le llegaba desde el lado del espectro. También temblaba como presa de intensa fiebre, su mente comenzó a desvariar. De pronto se sorprendió increpando en voz alta al espectro, lanzándole insultos, amenazas, súplicas... todo alborotado, incoherente.

Pero el espectro seguía acosándolo de manera implacable contra el extremo de la punta acantilada.

Cuando Dobbs se dio cuenta de que por todos lados, muy cerca, solo tenía el vacío, ya no retrocedió. Comprendiendo que iba a morir tuvo una reacción de lobo.

Tenía ante él, a unos diez pasos, al espectro, perfectamente visible en todos sus horrendos detalles. Clavó los talones en el blando terreno

y se encogió, resollando como un animal salvaje, con la lluvia casi cegándolo y toda la vitalidad concentrada en un solo deseo.

El que le hizo lanzarse de un salto sobre el espectro, golpeándolo con su puño cerrado cuando lo tuvo a tres pasos de distancia.

Sintió cómo su puño chocaba con algo muy blando, nauseabundamente falto de resistencia. Había golpeado hacia el hígado y, del horrendo agujero del pecho, vio emerger una ola rojinegra con matices verduscos, también violáceos, azulencos. Sintió una brutal tufarada de podré, tan agobiante que le cortó la respiración.

De manera instintiva retrocedió, abriendo la boca mucho para tragar aire limpio porque aquella podredumbre parecía habersele metido en los pulmones y en la sangre. Y el espectro avanzó sobre él.

Dobbs volvió a retroceder, boqueando. Los dos muñones sangrientos se movieron y los sintió, sí, los sintió, empujarle con una fuerza incontrastable, aunque físicamente parecían estar a cierta distancia de su cuerpo. Trató de resistir, de escapar a lo inevitable...

Dobbs cayó al vacío emitiendo un alarido terrible, tan grande que dominó el fragor del oleaje contra los cantiles. Cayó a plomo una veintena de metros y luego chocó contra una roca de lleno, salió rebotado y siguió cayendo, gritando, cayendo...

Hasta que lo recogieron los dedos del mar.

Capítulo 9

H

ILLMAN se despertó sin saber a ciencia cierta qué le había pasado. Mientras se incorporaba notó que hallábase en el puro suelo, envuelto en oscuridad total.

También que le dolía mucho la nuca.

Se llevó allí la mano y tanteó, descubriendo un chichón de buen tamaño. Aquello le llevó a recordar.

Maldito Dobbs... Debió confundirlo con el capitán Fáñez y le atizó a él... Iba a tener que decirle algo, sí, señor...

Se incorporó despacio. Estaba mareado por el golpe. Y había un silencio total en la casa. ¿Qué habría ocurrido? Seguramente, Dobbs tuvo que comprender su error. Lo dejó allí, sin duda para seguir al capitán...

Hillman no era Dobbs. Trastabillando, buscó un conmutador de luz, se golpeó contra un mueble, juró, dolorido, llegó a la pared y, finalmente, dio con el conmutador.

Había luz eléctrica. Pero no había nadie por allí, ni hombres ni perros. Y arriba, en el piso principal, no sonaban tampoco ruidos.

¿Dónde diablos estarían? ¿Y qué pudo ocurrir? Hillman meneó la cabeza para despejársela, comprobó que conservaba su pistola y la amartilló, luego miró su reloj.

Las cuatro y media... ¡Demontres! había estado tres horas inconsciente, tiempo más que sobrado para que sus compañeros hubieran terminado con aquella pareja y vinieran a socorrerlo. Pero... ¿y sí...?

Muy preocupado, avanzó con cautela, empuñando la pistola y medio mareado aún. El cráneo, sobre todo tras la oreja derecha, le dolía como si le pegaran allí con mazos de batán.

Se le pasó el dolor del golpe cuando llegó el zaguán y vio la puerta abierta, también la pistola y la linterna de Dobbs caídas en mitad del piso, ante ella.

Al recoger el arma y olisquearla supo que había sido disparada. Pronto vio que todo el cargador. Dobbs había disparado siete balas sobre alguien... y luego tiró la pistola, también la linterna. Y la puerta estaba abierta...

Salió al exterior. No vio ni oyó nada, salvo los ruidos del viento y el

océano. Haciendo bocina con las manos, llamó varias veces a Dobbs y a Cole, sin ningún resultado.

Hillman no se distinguía por su inteligencia, pero era un empedernido criminal, estaba convencido de que los visitantes eran seres de carne y hueso, de que todo lo ocurrido el día y la noche anteriores formaba parte de un plan astuto para forzar a Cole a revender la finca a sus antiguos propietarios. De modo que pensó lo más obvio.

Después de golpearlo a él por error, Dobbs se había tropezado con el capitán y, por la razón que fuera, se cebó disparándole. Tal vez Dobbs era menos duro de nervios de lo que blasonaba... o tal vez tenía órdenes especiales de Cole. También podía ser que hubieran ocurrido cosas...

Como fuese, Dobbs debía haber acribillado a aquel capitán portugués. Y eso por fuerza debió cambiar el plan que Cole les expuso. No podían dejar a la chica y al muerto en un camino, lavándose las manos...

Sí, sin duda era eso. Debieron haber ido a deshacerse del cadáver del capitán, dejando a la chica que tuvo por fuerza que despertarse a los disparos, bien amarrada y asegurada en cualquiera de los cuartos del piso superior, y a él donde cayera, diciéndose que a su regreso ya lo reanimarían...

Una de dos, o fueron a echar al capitán al mar, con un buen peso atado, o lo estaban enterrando bajo los castaños, en la fosa del esqueleto manco. Se debieron llevar a los perros...

Hillman actuó movido por aquellas reflexiones. Cogió su impermeable y se lo puso, cayendo entonces en la cuenta de que estaban allí todos, sus compañeros no parecían haberse acordado de ponerse los suyos...

Eso lo desconcertó y extrañó, pero no le hizo, no podía, recelar la verdad. Lo que sí hizo fue ir por la escopeta de cañones aserrados, cogerla, comprobar que estaba cargada y llevársela, metida bajo el impermeable.

También se llevó la linterna de Dobbs. Y la encendió para ver el camino en la negrura, entre la lluvia.

Ahora llovía menos, en cambio el viento soplaba fuerte y era fuerte también el fragor del océano en los acantilados. Dos motivos más que suficientes para que sus compañeros no pudiesen oír sus llamadas. Bueno, verían la luz de la linterna, le harían señales...

Nadie se las hizo. Hillman fue primero hacia los castaños, pero luego algo le hizo cambiar de idea y encaminarse a la bajada de la caleta. La luz de la linterna, de repente, le mostró algo que le hizo detenerse.

Eran huellas de pisadas muy recientes. Pero solo las de un hombre y que no seguía una definida dirección.

Hillman tenía un gran entrenamiento como sabueso, precisamente por su afición a entrenar perros policías. Frunciendo el entrecejo se puso a examinar aquellas huellas. Luego se movió, con la boca apretada, en determinada dirección.

No tardó en descubrir las huellas dejadas por Dobbs en su huida hacia el portón del muro de la finca. Y vio cómo los perros iban con él. Daba la impresión de que iban persiguiendo a alguien...

Pero cuando llegó al portón aquella impresión se desvaneció en el acto. De un lado pudo distinguir perfectamente el pateo nervioso del hombre y los perros ante el portón, también ciertas señales indicadoras de un frustrado intento de escalar la puerta metálica. Luego las huellas del hombre retrocedían evidentemente hacia uno de los lados del muro mientras los perros escapaban solos, hacia el opuesto...

Del otro, los perros, que habían olfateado a su cuidador y estaban cerca, aún aterrorizados pero mucho menos, llegaron a Hillman, que pudo comprobar su gran excitación.

Allí había ocurrido algo incomprensible. ¿Quién pudo ser el hombre que escapó de la casa acompañado de los perros? ¿Dobbs? Su pistola apareció disparada y descargada en el zaguán, también su linterna... Pero entonces, alguien debió seguirle; y solo había encontrado las huellas de un hombre...

Tenía que averiguarlo. Disponía de su propia pistola, la escopeta y los perros. No iba a quedarse tranquilo, ni quieto...

Se puso a seguir el rastro dejado por Dobbs. Un rastro bastante nítido, más que suficiente para los perros, a quienes obligó a seguirlo. Los animales lo hicieron a disgusto, pero no demasiado. Estaban muy inquietos y nerviosos, como si hubieran sufrido una gran excitación, pero se les podía manejar.

Así fue como Hillman obtuvo una secuencia gráfica de la desesperada lucha de Dobbs por sobrevivir.

Pudo leerla bastante bien. Y cuando llegó al borde del acantilado, en el punto donde Dobbs se despeñó, ya no le cupieron dudas. Un hombre había sido despeñado allí mismo, tras librar en apariencia una lucha sin suerte contra alguien que no había dejado huellas.

Aquel hombre, se lo estaba diciendo un presentimiento, era Dobbs. Estaba desarmado luego de haber descargado su pistola sobre alguien, huyó fuera de la casa, pero lo acorralaron, llevándolo hasta allí.

¿Y Cole?

Una de dos, muerto también... o dirigiendo a los matadores de Dobbs.

Hillman ya no sentía el dolor en su cráneo, ni estaba aturdido. Estaba asustado y tenía muy despejada la mente. Aquel resultaba un «puzzle» sin sentido. Alguien mató a Dobbs, Dobbs había disparado todo un cargador sobre alguien, luego de ponerlo a él, Hillman, fuera de combate con un porrazo que debía ir destinado al cráneo del capitán Fáñez... No se habían molestado en despertarle, ni parecía haber nadie en la casa cuando despertó...

Retrocedió, apagando la linterna. Ahora empuñaba la escopeta, con los cañones bajos. La luz que salía del zaguán, de la casa era una mancha amarilla a lo lejos, tras la cortina de lluvia. Un frío húmedo, intenso, lo dominaba todo. Y el silencio...

Los perros no querían entrar en la casa. Y desde luego no iban a servirle de mucho. Sin embargo, ahora Hillman sentíase rabiosamente necesitado de su compañía, de modo que les obligó a entrar. Todo seguía igual...

Cerró con cuidado la puerta y se movió hacia la cocina. Necesitaba un trago, también secarse un poco y curarse. Probablemente se había quedado solo en la casa. Fuera lo que fuese lo que había sucedido allí mientras él estuvo sumido en la inconsciencia...

No consiguió que los perros entraran en la cocina. Sin embargo, al dar la luz pudo comprobar que estaba vacía.

Y también que estaba abierta la puerta del sótano.

Eso era algo para reflexionar. Y para mantenerse en guardia. Casi lo explicaba todo. El capitán Fáñez debió aprovechar el error de Dobbs al golpearle a él y alcanzó la cocina, abriendo la puerta del sótano. Sin duda era por allí por dónde entraron los intrusos en la casa, debía haber varios, Dobbs por eso disparó tanto, con o sin suerte... y luego trató de escapar, al verse desarmado, pero lo acorralaron, echándolo al mar. En cuanto a Cole, seguro que se lo habían cargado también. Debieron venir muchos, acaso una docena, o más. A él, simplemente, no lo tocaron creyéndolo muerto, un error que le había salvado la vida. Ahora, cumplida su tarea, habíanse vuelto a marchar por dónde vinieron, dejando lo que imaginaban un par de cadáveres y un bonito enigma para la policía local. Se armaría el consabido run-run entre los campesinos, se sacarían a relucir las viejas leyendas de espectros y demás... y como nadie querría la casa ni regalada, sus anteriores propietarios volverían a comprarla al precio que les diese la gana. Todo un negocio redondo, pero cometieron el error de dejarle a él con vida...

Manteniendo los dedos en los gatillos de la escopeta, Hillman llegó a la puerta del sótano. Olfateó y olisqueó cadaverina, pero no muy fuerte. El maldito sucio truco...

También había luz eléctrica en el sótano. Podía escucharse

perfectamente el runruneo del generador. Hillman pensó de pronto que había sido una suerte que él hubiera olvidado desconectarlo, porque de estarlo ahora, francamente, solo como se encontraba no habría sentido mucho placer en meterse allí a oscuras, o iluminándose con una linterna.

El sótano estaba vacío, silencioso, entelarañado como lo viera horas antes. Manteníase en el aire húmedo y frío aquel olor a tumba, eso era todo.

Por qué razón Hillman decidió entrar e inspeccionar más a fondo él mismo no habría sabido explicarlo. El caso es que algo pareció impelerle a entrar y llegarse hasta el fondo de la bodega, allí donde por la mañana sus perros parecían sentir miedo de acercarse.

Y así fue como lo descubrió.

Un agujero, ni siquiera un gran agujero. Un par de piedras sacadas del muro y caídas en la tierra, junto con pellas de argamasa vieja. Un agujero por el cual no podía desde luego pasar un hombre, aunque fuera pequeño y delgado...

Sin embargo, aquel agujero tenía una siniestra fascinación para el bandido, que metió por él la luminosidad de su linterna mientras se agachaba, acucillándose, a mirar.

Y vio.

Vio algo que le erizó los cabellos de golpe. Vio el interior de un antiguo ataúd forrado de raso pálido, incrustado en la pared de la bodega y cuyo ocupante, fuera quién fuese, desde luego no se encontraba allí. Había salido derribando un trozo del recio muro...

Lo que aquello significaba anonadó a Hillman. Se enderezó despacio, sudando frío, con la boca súbitamente reseca y los pulmones como lija. Tragó saliva y se volvió veloz, buscando al cadáver, o lo que fuera...

No lo encontró, por suerte suya. Pero no se entretuvo allí dentro. Salió como si el mismo diablo le pisara los talones y tampoco se paró en la cocina. Ahora estaba sintiendo un pánico total, necesitaba encontrar a toda costa, cuanto antes a Marvin Cole, vivo o muerto...

Subió a zancadas la escalera, encendiendo luces por todas partes y con la escopeta nerviosamente apretada, aunque ya no creía en su eficacia, recordando la descargada pistola de Dobbs y cómo su compañero había sido acorralado por «alguien» en el acantilado, hasta que se despeñó... o lo despeñaron.

La sangre le golpeaba salvajemente en los pulmones cuando llegó arriba y se detuvo, acechando. Primero abrió la puerta del cuarto destinado al capitán Fáñez, que solo estaba levemente encajada...

Allí no había nadie. Y nadie se había acostado en la cama.

Tres cuartos de lo mismo le ocurrió en el dormitorio de la bella joven. Ni estaba ella ni su lecho había sido tocado.

Los pies de Hillman semejaban de plomo cuando avanzó por el pasillo hacia el dormitorio de Cole. Sus oídos captaban hasta el menor ruido dentro de la casa, pero solo eran ruidos muy leves, crujidos, como soplos, como quejas... lo que usualmente suele escucharse durante la noche en una vieja casa. Solo que a él, ahora, se le antojaban voces de ultratumba.

La puerta del cuarto de Marvin Cole aparecía cerrada. Manteniendo la escopeta apoyada en el antebrazo y el dedo en los gatillos, al clásico estilo de los profesionales del crimen en su país. Hillman asió el pomo del pestillo y lo manipuló...

Cedió sin esfuerzo. Y la puerta se abrió lentamente.

Lo primero que notó Hillman fue que allí dentro había luz, sin duda proveniente de la lámpara junto al lecho. También un silencio tremendo.

Llamó, quedó, a Cole. Y al no obtener respuesta, más fuerte, más nervioso. Sin éxito tampoco.

Entonces empujó con violencia y dio un paso rápido al interior, con la escopeta lista para descargar su doble carga de postas sobre lo que fuera.

No disparó. Ni fue más adelante. Se quedó clavado en el sitio mientras la sangre se le helaba en las venas y el vello se le erizaba, el cabello también, y los ojos parecían querer escapársele de sus cuencas, y se le subía el estómago a la garganta, y...

Mirando a la cosa horrenda que había sobre el revuelto lecho. Mirando a Marvin Cole, convertido en una especie de retorcido tronco de viejo olivo, desnudo totalmente, consumido, negro...

Pero claramente reconocible, incluso con la atroz mueca de horror, náusea y agonía inenarrables.

Abrazado a una momia de mujer. Un cadáver reseco, pero cuya larga cabellera oscura parecía conservar toda la belleza, todo el brillo de la que era uno de los mayores ornatos de la bellísima muchacha que al anochecer llegó solicitando cobijo en compañía de un gallardo capitán. Aquella momia atenazaba con ambas manos la garganta de Marvin Cole y estaba echada sobre él.

Capítulo 10

Ǝ

El automóvil policial penetró en las calles de Outeiro D'Alem y siguió despacio por ellas hacia la plaza del ayuntamiento. Sus ocupantes pudieron ver, perfectamente, la expectación de las gentes a ambos lados de la calle, en puertas y ventanas.

—Nos están esperando, sin duda.

—Es natural. En estos pueblos nunca ocurre nada.

Un agente de paisano conducía el coche, uno de uniforme iba sentado junto al conductor. Atrás se sentaban dos hombres más, que eran quienes comentaron.

Había mucha gente reunida en la plaza principal, todos los cuales miraron hacia el coche de la policía. Se masticaba en el ambiente una gran excitación contenida.

Un cabo de la policía rural y un hombre de paisano, de edad mediana, junto con otro más joven y con aire más ciudadano, amén de un cura también de edad mediana, estaban formando grupo aparte delante del ayuntamiento. Acudieron aprisa junto al coche. Cuando descendieron los que lo ocupaban, los dos de atrás se vio que tomaban de inmediato la iniciativa.

—Buenos días, señores. Permítame presentarles al inspector Da Veiga, de la policía criminal.

El presentador era juez de aquella zona. El más joven de los que saludaron al Inspector, médico local. Tanto él como los otros, cura, cabo y alcalde, producían la impresión de encontrarse llenos de excitación en distintos grados.

—Precisamente acabábamos de recibir una información que iba a traerme aquí cuando llamó el señor juez comunicándonos el hallazgo de ese cadáver, de modo que no he perdido ni tiempo.

—Será mejor que pasemos adentro, señores...

Entraron en el ayuntamiento. La plebe quedó fuera, llena de excitación. El vestíbulo del ayuntamiento era pequeño, vulgarísimo, no demasiado limpio. El inspector inquirió, apenas se vieron allí:

—¿Dónde tienen el cadáver?

—Lo hemos dejado en la cárcel, no sabíamos dónde y además... bueno, con todo lo que ocurre...

La cárcel era una simple covacha que daba al patio inferior del

edificio, con un portalón recio y en él una rejilla, como única ventilación. No debía ser muy utilizada, pensó el inspector Da Veiga mientras el recio individuo que entre otros oficios ejercía el de alguacil y carcelero abría, dejándoles paso mitad por respeto mitad, o más, por otra razón.

Habían puesto al interfecto encima de una tarima, cubriéndolo con una sábana vieja y remendada, no muy limpia. El médico se adelantó y alzó la sábana para que los recién llegados pudieran contemplar al cadáver.

No era precisamente una grata contemplación. Pero las facciones aún resultaban reconocibles, a pesar de la tarea de peces y crustáceos.

—Debía llevar entre cinco y ocho días dentro del agua. Las corrientes lo sacaron a la playa después de la galerna de ayer.

—¿Dónde fue encontrado, exactamente?

—Se lo he dicho, en la playa del pueblo, hacia las rocas del Sur. Según los pescadores, ha tenido que venir desde Punta Carneira.

—Ya. ¿Alguien le ha identificado?

Hubo un expresivo intercambio de miradas. El alcalde se mondó la garganta y gruñó:

—Verá usted... No es de por aquí, eso seguro. Y bueno... Creo que es mi deber decírselo. Hay un par de personas por aquí que me aseguran haberle visto, aunque de refilón...

—Explíquese mejor.

—Bueno... Verá... A cosa de media legua del pueblo, hacia Punta Carneira, hay una finca... La compró hace algunos meses un americano...

—¿Un tal Marvin Cole?

—Sí, él. El otro día, exactamente el martes pasado, les vieron a él y a este hombre pasar por el pueblo sin detenerse, en un coche. Iban los dos delante y conducía el señor Cole, atrás iba lleno de paquetes y cajas. Ya sabe cómo son las mujeres, algunas se fijaron bien...

Se habían fijado bien. Y no solo las mujeres, sino también un par de hombres. Todos estaban aguardando a un nuevo interrogatorio, ellas sobre todo mostráronse muy nerviosas, pero ninguno se desdijo.

—No se pararon, pero como iban muy despacio, a la fuerza, pues les vi la cara muy bien...

—Me fijé muy bien, sí. Se le echaron encima al chico de mi vecina y por poco si lo atropellan, tuvieron que frenar. Yo pegué un grito, ellos me miraron...

Yo venía para casa con una carga de maíz, la carretera es muy estrecha y me tuve que parar a un lado para que pasaran. Les vi muy bien...

—Tenía que suceder, eso lo sabíamos todos, esa casa está maldita...

Entonces hubo que explicarle al inspector la historia y la leyenda de la casa del acantilado.

—Naturalmente se trata de supersticiones y de viejas leyendas pueblerinas, qué quiere usted, ya lo sabemos nosotros, pero no hay modo de hacérselo entender a la gente inculta...

—De todos modos, esos accidentes mortales mientras reparaban la finca han sido como para reforzar cualquier superstición...

—Pudo haber sido un accidente...

—En tal caso deberían dar parte enseguida.

—Sí, claro... Pero tal vez como son extranjeros...

—Por cierto, inspector, usted dijo al llegar aquí que pensaba venir precisamente a este pueblo cuando el señor juez le avisó...

—En efecto. Y creo que hemos dado con un asunto criminal, señores. Sospecho que este individuo es el hombre que la Interpol y la policía norteamericana nos han indicado que debía haber desembarcado en Lisboa el lunes pasado, de un carguero y, naturalmente, con documentación falsa.

Hubo cierta conmoción.

—¿Usted cree?

—Está muy desfigurado, pero sus facciones son muy semejantes a las de las fotografías del individuo en cuestión, un asesino peligroso llamado Jake Dobbs, escapado por pelos a la persecución de que era objeto para responder de un doble homicidio. Precisamente se nos indicó el nombre de Marvin Cole como el individuo que posiblemente lo recibió a su llegada a Lisboa encargándose de ocultarlo en el país. Entre paréntesis, el propio Cole es muy conocido por la policía norteamericana. Se trata de un *gangster* de cierta importancia, especializado en contrabando y trata de blancas.

—Santo Dios...

—Recibí la orden de visitar a Cole, al que tenemos convenientemente identificado, apenas diez minutos antes de que llegara la llamada del juez. De modo que ahora iremos a esa finca para ver qué tiene Cole que decirnos acerca de la muerte de Dobbs. Sospecho que se trata de un clásico ajuste de cuentas entre bandidos. Sin duda Dobbs era peligroso para alguien importante, sabía demasiado y lo trajeron a nuestro país clandestinamente para asesinarlo sobre la marcha, echándolo después al mar y calculando que, aunque fuera encontrado su cadáver, nadie lo podría identificar.

Los del pueblo intercambiaron sendas miradas. Era muy ambigua su actitud.

—Sí, es posible...

Volvieron al exterior. Continuaba el sordo run-run de lugareños en la plaza. Los recién llegados montaron de nuevo en su automóvil, las autoridades locales en otro que estaba allí.

El juez habló, cuando avanzaban hacia la salida del pueblo tras el otro vehículo.

—Desde luego, es una curiosa coincidencia...

Aceptándole un cigarrillo, el inspector repuso:

—¿Se refiere a esa leyenda de la casa a dónde vamos?

—Sí. Verá, como le dije tuve ocasión de tratar con Cole por causa de los accidentes sufridos por los obreros. Tres accidentes graves, dos de ellos mortales, y los tres bastante inexplicables, en el transcurso de una simple obra de restauración eran para incordiar y preocupar...

—Desde luego. ¿Fueron realmente inexplicables?

—Si se refiere a que pudo ser crimen, deséchelo. Las víctimas eran gente sin ninguna conexión entre sí, se comprobó. El aparejador de la obra, un capataz y un picapedrero. Precisamente porque nadie quería trabajar en esa finca hubo que contratar gente de fuera. El capataz había subido al tejado para dar un vistazo a la tarea, resbaló y cayó, con la peor fortuna, desnucándose. Ni tenía por qué subir allí ni era lógico que resbalara con el calzado que llevaba puesto y su experiencia. El picapedrero estaba trabajando cuando a otro compañero, que escuadraba un bloque, se le disparó una esquirla de granito yendo a pegarle al infortunado en plena sien y matándolo en el acto. Estaba a tres metros de distancia, fue como recibir un balazo. No se conocen arriba de otros dos casos parecidos en medio siglo, así lo he podido comprobar. En cuanto al aparejador, jura y perjura que sintió cómo lo empujaban violentamente, por la espalda, mientras estaban tomando unas medidas en lo alto de la escalera que conduce a las habitaciones del piso alto. Pero los dos obreros que estaban con él y el capataz que había sustituido al muerto días antes, juran y perjuran que estaba el hombre totalmente solo y a la vista de ellos, situados en un plano inferior y distanciados. De puro no se mató, pero ha quedado lisiado de por vida, por fractura de dos vértebras.

—Hum... Sí, son tres accidentes bastante raros...

—Y ahora ese hombre muerto, ese Dobbs, un asesino fugitivo de su país y traído por Cole a la casa... Como le dije, conozco un poco a Cole. Me produjo la impresión de ser uno de esos americanos de película, un tipo duro, agresivo, convencido de que a golpe de dólares todo se consigue y, si no, se echa mano a la violencia y se intimida a las personas. Naturalmente, desde su punto de vista hizo un buen negocio con la compra de la finca. Si uno no es supersticioso, adquirir por sesenta mil escudos una casa que vale tres veces más, y cuyos muebles y

demás objetos, incluidos en la venta, tal vez hoy día, en Almoneda, puedan venderse por medio millón, eso aparte de cinco hectáreas de terreno, es una bicoca. El así debía pensarlo, y que los portugueses, al menos los aldeanos, somos estúpidos. De hecho trataba a la gente como a esclavos. Y eso me lleva a compararlo con el edificador de la casa, el negrero Almeida...

—¿Qué hay de cierto en toda ese leyenda?

—Los hechos, una cadena de hechos inexplicables y más que suficientes para afectar a mentes supersticiosas. Da la casualidad de que tengo ciertas aficiones historiográficas y entretengo mis ocios recopilando datos para una historia de esta región. Eso me ha llevado a conocer bastante bien, documentalmente quiero decir, la historia de Almeida «el Malo».

—Vaya un nombre...

—El hombre se lo mereció. Fue un típico negrero, una fiera humana. Amasó una gran fortuna con su inicua trata y cuando decidió convertirse en terrateniente eligió este lugar porque era nacido en Caldelas, una aldea de pescadores al otro lado de Punta Carneira. Su madre lo había tenido al parecer de un hidalguelo de la zona, no se sabe su identidad con exactitud. Ella era soltera y de muy humilde origen. Almeida debía recordar bien su niñez, por eso volvió, para plantarles la bota en el cuello a los mismos que le habían tratado como a un apestado cuando era niño. Necesitaba sin duda humillarles.

—Y se casó con una aristócrata...

—Con la primogénita del que había sido propietario de casi todo Caldelas, don Joao Vicente D'Amaral y Lopes de Caaveiro. Existen sospechas de que el padre de don Joao Vicente lo era también de Almeida, otros dicen que el abuelo. El caso es que Amaral se había casi arruinado por causa de la guerra napoleónica y se tragó el orgullo, si lo tenía, que los escritos de aquel tiempo le pintan mezquino, duro y codicioso, vendiendo a su bella hija al negrero por una gran suma. Porque, según la costumbre de la época, se trató de una verdadera compraventa.

—Bonita situación la de la muchacha...

—Imagínese la. María Da Luz D'Amaral era, en eso todos están conformes y existen dos miniaturas y un retrato que lo prueban, una belleza perfecta, delicada y fragante, una aristócrata y una muchacha de dieciocho años aún no cumplidos. Por si fuera poco estaba enamorada, y casi comprometida, con un apuesto capitán de buena familia él también, pero que por entonces se encontraba en Brasil con el ejército expedicionario y nada supo hasta que fue demasiado tarde para que pudiera intervenir. Cuando volvió, ella ya era la esposa de Almeida. El

capitán Duarte Fáñez hizo, por lo visto, todo lo que solían los héroes románticos. Y Almeida se comportó como lo que era. Existen indicios de que los enamorados llegaron a burlar a Almeida, no obstante.

—Le estaba bien empleado.

—Sí. Luego viene la parte macabra. Un día el capitán anunció que iba a realizar un largo viaje por Europa, solicitó y obtuvo la licencia, hizo sus preparativos y abandonó Lisboa. No se volvió a saber de él, fueron al aparecer inútiles cuantas pesquisas se realizaron para averiguar su paradero. Pocos días después Almeida anunció que su joven esposa había muerto de un aborto. Más tarde, un médico aterrorizado confesó haber aceptado soborno de Almeida para certificar tal causa de fallecimiento sin siquiera examinar el cadáver. Desde luego, la desdichada parecía muerta, según todos los testimonios permaneció como muerta más de veinticuatro horas, hasta que la enterraron, luego de solemnes ceremonias. Resultó que solo estaba colapsada y despertó para descubrirse enterrada en vida.

—Dios...

—Tuvo que ser espeluznante, sin duda. Y la desesperación, el ansia de vivir, debieron darle energías para, en una horrible lucha contra su destino, conseguir abrir un boquete en el nicho, lo bastante grande como para pasar por él una mano. No pudo hacer más y murió tras horrenda agonía. Ahí se cimentó la siniestra leyenda. He leído un puñado de testimonios de las autoridades de la época, civiles y eclesiásticas. No puede admitirse que todos ellos fuesen crédulos y supersticiosos. De tales testimonios se desprende algo, desde luego, muy difícil de creer, si uno no acepta ciertas cosas. Se afirma que una y otra vez la mano de la muerta rompió la tumba que guardaba sus restos, como si la animara un poder sobrenatural, reiterando el ansia salvaje de bienes que, sin duda, la embargó en sus últimos momentos. Y luego está la muerte de Almeida.

—¿Cómo murió?

—Nada se sabe. Pero lo encontraron en su cama y parecía como si lo hubiera devorado el fuego del infierno, son las palabras textuales de los informes del médico, el cura y el alcalde que había entonces en Outeiro. Otros informes de autoridades aún más elevadas de las tres ramas los ratifican, demostrando, cuando menos, asombro, perplejidad. Almeida había sido estrangulado sin lugar a dudas. Pero Almeida era un hombre muy fuerte, una verdadera fiera humana, no se comprendía cómo pudo dejarse matar así, ni por quién. Y luego estaba su cuerpo retorcido y como abrasado... Ya llegamos a la finca.

En efecto, estaban llegando a la finca. Era una mañana nubosa, gris, con viento fuerte y húmedo, con salpicaduras de lluvia, típicamente

otoñal. El bramido del mar llegaba hasta el camino, se escuchó al detenerse los vehículos. Y había un gran silencio...

Los ocupantes de ambos automóviles se apearon de ellos, reuniéndose delante de la puerta del muro.

—Desde luego, Cole se resguardaba bien... Llamen, veremos que reacción es la suya cuando nos descubra y sepa quiénes somos.

El cabo de municipales llamó con fuerza. Quedaron esperando, batidos por el viento, envueltos en silencio.

Pasaron cinco minutos. Y nada. Diez... El inspector frunció el entrecejo y ordenó repetir la llamada.

Tuvieron el mismo resultado.

—Tal vez se hayan marchado...

—¿Alguien del pueblo vio marcharse a Cole?

—No. Pudo irse durante la noche, e incluso no tomar por Outeiro...

—Usted dirá qué hacemos, inspector.

—Entrar. Señor juez, tenemos un cadáver entre manos y la certeza de vérnoslas con delincuentes extranjeros, gente muy peligrosa. De modo que, como usted se halla presente, no es un allanamiento de morada. Tabares, usted y el cabo trepen a lo alto del muro, uno se queda arriba por si en la casa hay alguien que le vean el uniforme, usted salta al interior y nos abre el portón.

Le obedecieron. Hubo que realizar acrobacias pero los dos hombres subieron a horcajadas sobre el muro.

—¿Distinguen algo?

—No... ¡Un momento! Hay un pastor alemán... dos. No se acercan, están a la expectativa. Pero no se ve a ninguna persona. ¿Qué hacemos?

—No se descuide. Llamen a gritos.

La única respuesta fue que los perros se acercaron al muro. Dos animales muy huraños, pero no exactamente agresivos.

—Baje, Tabares. Pero no se descuide. Tenga lista la pistola y si le atacan dispáreles. Usted también, cabo.

Con todo, el agente Tabares no se sentía nada tranquilo. Subió su compañero de uniforme al muro, pistola en mano él y el cabo vigilaron desde allí a los perros mientras Tabares se tiraba al interior, lo más cerca posible de la puerta; pero los animales no hicieron por atacarle.

—Esos perros mantienen una actitud rara. Se diría que tienen más ganas de acercárseles que de atacar...

Tabares no se entretuvo sino lo justo para comprobar que no podía abrir la puerta. De todos modos descorrió los grandes pestillos de acero.

—La cerradura es muy sólida, inspector...

—Quédense ustedes fuera, señores. Ayúdenme a subir. Iremos los cuatro a ver qué ocurre en esa casa.

Izaron al inspector a lo alto del muro. Luego, los tres se dejaron caer al interior. Los perros continuaban a la especulativa. Da Veiga los miró con preocupada fijeza. Entendía de perros, había tenido la colaboración de pastores alemanas alguna vez.

—Son animales magníficos, sin duda entrenados para guardar la finca. Pero su actitud es muy curiosa, en efecto... Adelante, veamos qué hacen cuando nos vean avanzar.

Se quedaron quietos. Gruñían sordamente, pero no tenían del todo tiesas las orejas. Miraban a los intrusos fijamente, eso era todo. Y les dejaron avanzar hacia ellos sin hacer el menor movimiento agresivo.

—Sí, es muy curioso...

—Yo diría que casi están alegres de vernos. Voy a comprobarlo. Manténganse atentos.

Se adelantó tres pasos hacia los magníficos y peligrosos animales, con la pistola lista en una mano, y comenzó a hablarles suave, despacio.

El resultado fue sorprendente. Los perros gruñeron, pero luego vinieron a su encuentro paso a paso, sin violencia, las colas bajas, entre recelosos, inamistosos y aliviados. Como si les consideraran, a él y sus acompañantes, un mal menor, una ayuda contra algo que los atemorizaba.

Se detuvieron a un par de pasos del inspector y su actitud no dejaba lugar a dudas para cualquier entendido en perros. No iban a atacar.

Ahora, Da Veiga estaba desconcertado.

—Aquí ha ocurrido algo, señores, que asustó a estos perros tanto como para hacerles aceptar nuestra presencia y hasta buscarla. Vamos, trataremos de descubrir qué ha sido.

Avanzaron hacia la casa. Estaban como a dos tercios del camino cuando el cabo avisó, señalando hacia el fondo.

—¡Allí se mueve algo!

Todos miraron hacia el denso soto de castaños. En efecto, algo, o alguien, se movía allí. Y los perros gruñeron, un sonido muy extraño en animales como ellos, mientras batían fuerte las colas y enderezaban las orejas.

—¡Vamos allí!

Los cuatro hombres corrieron, ligeramente desplegados, con las pistolas empuñadas hacia el soto, mientras los perros les imitaban, manteniéndose a su altura, ligeramente adelantados.

—¡Es un hombre!

—¿Qué diablos está haciendo? ¡Usted, deténgase, somos la policía!

Era un hombre. Era Hillman. Pero cuando los policías le rodearon, mirándole atónitos, se dieron cuenta de que con él no tenían nada que hacer.

—Este hombre no está en sus cabales...

No lo estaba. Bastaba con verle la expresión. Acurrucado como un animal contra el tronco de uno de los castaños, afrontaba a los policías con la mirada errática y la boca torcida, en un rictus a la vez idiotizado y aterrorizado. Sucio, la barba de varios días, resollante, más parecía un animal que un ser humano, emitía gemidos guturales... y tenía todo el cabello completamente blanco.

Cuando los policías trataron de acercársele, entre amistosos y cautos, comenzó a balbucir palabras entrecortadas, apenas inteligibles, pero cuyo «ritornello» resultó revelador.

Y luego trató de escapar.

Se lo impidieron, cerrándole el paso, pero dos hombres necesitaron de toda su energía para sujetarlo y solo poniéndole unas esposas lo lograron, al cabo de rudo forcejeo. Aun así, Hillman se debatía como un poseso, espumarajeando y retorciéndose en tierra.

—Está loco perdido...

—Y algo espantoso ha debido sucederle para ponerlo así. Llévesle a la casa, hay que encontrar la llave del portón de la finca.

Iban a llevárselo cuando advirtieron la fosa al pie del gran castaño.

—¡Ahí hay algo que parece una fosa...!

No hubo modo de llevar a Hillman, de modo que el inspector lo dejó bajo la custodia del cabo y del agente uniformado, acercándose con el otro a la fosa.

Había caído en ella mucha agua durante los últimos días, aún quedaba encharcada en su fondo. Y envuelto en ella, aparecía con claridad el esqueleto descarnado del capitán Fáñez.

Los dos policías contempláronlo con suma atención, luego se arrodilló el inspector para mejor examinarlo. Entonces descubrió el macabro detalle.

Al incorporarse, su rostro aparecía mucho más sombrío, intensamente reconcentrado.

—Vamos. Hay que inspeccionar esa casa.

Hillman se les revolvió aullando, sollozando, debatiéndose de tal modo cuando intuyó que lo querían llevar a la casa, que debieron poner los cuatro sus fuerzas a contribución para dominarlo, eso y estando esposado. También los perros enseñaron los dientes al verles tomar aquel rumbo. Resultaba demasiado riesgo y el inspector tuvo que decidirse.

—Tabares, vaya a la puerta, diga que coloquen a uno de los coches ante la misma y le den marcha, empujándola hasta que ceda la cerradura. Explíqueles la situación. Mientras, intentaremos dominar a este hombre y a los perros.

Tuvo que hacerse así. El automóvil policial, más potente, se utilizó como ariete. La recia puerta aguantó lo suyo, la cerradura era muy buena y fuerte; pero sin los cerrojos de seguridad, al cabo de unos cuantos topetazos cedió y los que esperaban fuera, intrigados y excitados, pudieron entrar.

Entraron y vieron cómo los dos perros, apenas advertir la puerta abierta salían hacia ella como flechas, escapando sin que pudieran detenerles.

Pero tenían algo más importante que hacer. Mientras contemplaban a Hillman, agotado por su feroz explosión de pánico y rebeldía, vivamente impresionados, el sombrío Da Veiga explicó, conciso:

—Lo hemos encontrado en el soto de castaños. Este hombre no tiene más de treinta años, pero su cabello se ha vuelto, como ven, completamente blanco y lleva cinco o seis días sin afeitarse. No caben dudas de que está loco y muestra un terror total al ser llevado a la casa. Ya han visto a esos perros, cómo salieron de estampida al abrírseles la puerta del muro. Pero hay más, hemos descubierto una fosa en el soto, al pie del mayor de los castaños. En ella hay un esqueleto que me parece de hombre, al que faltan ambas manos. También tiene rotas las costillas quinta y sexta delante del lado izquierdo.

Los prohombres de Outeiro y el juez cambiaron miradas entre sí...

Luego, el cabo y el agente de uniforme se llevaron a Hillman, casi a rastras, balbuciendo sus incoherencias espeluznantes, para amarrarlo al automóvil que había entrado en la finca, único modo de tenerlo seguro dada su intensa excitación. Los demás, en apretado y silencioso grupo, volvieron al soto y rodearon la fosa...

—¿Qué le parece a usted, doctor?

—Pues... Yo diría que es un esqueleto de hombre. Un hombre alto y de fuerte complexión, de alrededor de treinta años, como máximo. Está completamente descarnado, la falta de ambas manos... y esas costillas fracturadas...

—Podrían indicar un asesinato, ¿es eso lo que quiere decir?

—Habría que examinarlo. Desde luego, no puede tratarse de un crimen, reciente...

—Sospecho que tienen siglo y medio.

—¿Cómo?

—Fíjense en la fosa. Todos estos días llovió, hay un palmo de agua en su interior, pero me parece que esta fosa no hace ni una semana que ha sido excavada y no para poner ahí ese cadáver. Han escuchado las incoherencias de ese hombre. Es indudablemente inglés, mejor diría norteamericano. Entiendo el inglés lo suficiente y probablemente alguno de ustedes también...

—Yo un poco —gruñó el juez—. Y el médico admitió también saber algo.

—Entonces tal vez hayan discernido algo de lo que ha dicho. Yo lo he hecho y no me gusta nada. Habla de un cadáver de mujer estrangulando a Cole, al menos eso se trasluce.

—Un cadáver estrangulando... Por eso es imposible...

—Creo que todos ustedes conocen la leyenda de Almeida «el Malo». Pues bien, Marvin Cole, el propietario actual de esta finca, es... o era, otro Almeida. En el pueblo tenemos el cadáver de Dobbs, el asesino yanqui al que Cole recogió en Lisboa hace ocho días y se trajo aquí de modo clandestino. Vieron su rostro. ¿No advirtieron la intensísima expresión de horror y agonía? Podía suponerse que se le mató al despeñarse, porque no hay duda de que se despeñó y se mató antes de llegar al agua, según usted mismo cree, doctor...

—Sí, es cierto. Está lleno de fracturas.

—Y aquí cerca hay acantilados. Y encontramos a ese otro hombre loco, con los cabellos blancos cuando no debe rebasar los treinta años. Y dos perros pastores alemanes, notorios por su bravura, aterrorizados al extremo de no atacarnos a unos intrusos desconocidos, sino más bien buscar nuestra protección. Y ahí está ese esqueleto mutilado. Antes usted, señor juez, me dijo que el amante de la esposa de Almeida desapareció sin dejar rastro, tras anunciar a todos que iba a realizar un largo viaje por Europa.

—¿Usted supone...?

—Supongamos que su propósito era el de raptar a su amada y huir con ella. Supongamos que fracasó. Supongamos que Almeida lo atrapó. Según usted, era un ser cruel y sanguinario. Pudo muy bien torturarlo hasta la muerte para vengarse. Pudo incluso forzar a su esposa a presenciar la tortura. Eso justificaría un colapso de ella y su muerte aparente. Almeida no tenía por qué dudar. Buscó a un médico, sobornándolo, para que firmara un fallecimiento por parto prematuro sin siquiera examinar a la difunta.

—Sí, tiene razón. Puede ser así.

—En cuanto examine ese esqueleto podré decir si sufrió mutilaciones.

—Lo haremos luego. Ahora, señores, hay que meterse en esa casa.

Los otros se miraron. Se les veía claramente impresionados, remolones...

Pero fueron. En compacto y silencioso grupo.

La puerta estaba cerrada, al parecer. Pero solo se encontraba encajada, en realidad. Y descubrieron las luces encendidas.

Por lo demás, un silencio opresivo la llenaba. Se detuvieron en el

zaguán, indecisos.

—¿Por dónde comenzamos?

—Ya que estamos abajo, por la planta baja. A no ser que quieran que nos dividamos en dos grupos...

Ninguno lo quería, todos hallaron una excusa lógica para permanecer unidos. El inspector se abstuvo de sonreír ante tan evidente prueba de colectiva aprensión. El mismo estaba sintiéndola sin poderlo evitar.

Recorrieron las habitaciones de la planta baja sin hallar nada extraordinario.

—Hay alimentos para casi un mes, se ve que estaban preparados para una larga estancia. Y sospecho que estas luces llevan encendidas varios días.

—Instalaron una dínamo en el sótano...

Entraron en el sótano. La dínamo continuaba funcionando con un ruido sordo y peculiar que aumentaba la siniestra impresión de silencio, soledad y abandono absolutos.

—No es preciso que entremos todos. Venga, Tabares.

Mientras los demás se quedaban en la entrada, apiñados y tensos, el inspector y el agente avanzaron, escudriñándolo todo con la mirada. Distinguieron perfectamente las huellas dejadas en el piso de la bodega por las pisadas de varios hombres, en distintas direcciones, pero apuntando hacia un lugar determinado, al fondo del sótano.

—¡Ahí hay un agujero recién abierto!

Tabares lo dijo en tono bajo, sin saber a ciencia cierta por qué. Pero ya el inspector iba allí.

Fue él quien llegó primero y se inclinó para escudriñar el interior del mismo. También él quien descubrió, por tanto, al cadáver momificado que yacía en aquella tumba empotrada en la pared desde ciento cincuenta años atrás.

Tabares emitió un sordo juramento excitado y palideció ligeramente. Por su parte, Da Silva respiró hondo y se incorporó despacio. Se miraron, en silencio, durante un largo instante. Luego el inspector llamó con voz dura y tensa a los demás.

Se reunieron con ellos de inmediato. El juez inquirió, también con un curioso tono bajo:

—¿Qué sucede? ¿Qué han encontrado?

—La tumba de la esposa de Almeida.

Hubo de todo, desde interjecciones sordas a saliva tragada con esfuerzo.

—¿Está seguro?

—Echen una ojeada.

Lo hicieron. Luego quedaron, todos, mirándose, imbuidos por los mismos agobiantes pensamientos.

—¿Qué significa todo esto?

—Solo soy un inspector de policía. Y creo que todos ustedes ya se están dando la respuesta mentalmente.

—Pero... No puede ser...

—Ahí dentro hay un cadáver momificado, a todas luces el de la esposa de Almeida, puesto que se sabe que fue enterrado en algún lugar de esta casa por él. Allí fuera, una fosa con un esqueleto mutilado. En el pueblo, un hombre, un criminal americano, hombre muy endurecido y que sin duda no era fácil de asustar, que murió despeñado y caído al mar en algún punto de esta finca. Y tenemos a otro que se ha vuelto loco y cuyos cabellos están blancos...

—El martes pasado era la primera noche de luna llena, hubo lluvia...

Sonaba a hueco la voz del juez. Todos le miraron, Da Silva inquirió:

—¿A qué viene eso?

—No lo mencioné antes. El martes pasado se cumplieron exactamente los ciento cincuenta años de la noche en que la esposa de Almeida sufrió el colapso que le provocó su falsa muerte. También era martes y primer día de luna llena. Es una coincidencia muy especial.

Ninguno lo tomó a broma. No podían.

—Esto es tremendo... —gruñó el alcalde, enjugándose la cara con su pañuelo—. Sudaba frío. Y no era él solo. Da Veiga se arrancó, y a todos, de aquella peligrosa alucinación.

—Vamos al piso alto. Tenemos que encontrar a Marvin Cole, vivo o muerto. Tal vez él pueda darnos la clave de lo que ha sucedido aquí.

Se apresuraron a abandonar la bodega. Y subieron al piso superior en compacto grupo, con Tabares el último porque los demás, evidentemente, no querían cerrar la retaguardia. Era de día, pero a todos se les antojaba ahora que había caído la noche, idea remachada por las luces eléctricas todas encendidas y el tremendo silencio de la casa, cuyas ventanas aparecían totalmente cerradas, además.

Fue también el inspector Da Veiga el primero que entró en el dormitorio de Marvin Cole. Le bastó con una ojeada para detenerse en seco, mientras a su pesar sentía cómo se le erizaba el vello en la espalda y un helor desagradable le recorría desde la nuca todo el cuerpo.

Era un hombre valiente, sereno, de nervios templados. Pero por primera vez en su vida profesional se enfrentaba con algo más allá de todos los límites de la racionalidad, la lógica, lo comúnmente considerado como natural. Y resultaba una experiencia terrible.

A su espalda hubo de todo, desde un sordo y violento alentar

cortado en seco hasta un vahído. Luego, los otros hombres se apiñaron, pálidos lo mismo que él.

Sobre el revuelto lecho, a la luz amarilla de la lámpara de pantalla, única en la habitación que estaba encendida, el cadáver increíblemente retorcido, desnudo, consumido como por el fuego y, sin embargo, no negro, de Marvin Cole aparecía decúbite supino, en la actitud exacta de uno que hubiera sido fulminado por el rayo cuando luchaba con todas sus energías, sin ninguna esperanza, para liberarse de alguien mucho más fuerte que estuviera estrangulándolo. Una rodilla doblada, un talón hincado en el lecho, las espaldas y los hombros también, la boca espantosamente entreabierta, la lengua enorme, negruzca, vivero de podré y gusanos, salida por entre los dientes amarillos, los ojos de puro horror, salientes como bolas vítreas, los brazos doblados, con ambas manos engarfiadas, pegadas a los costados de la garganta...

Y allí en la garganta, nítidamente marcadas en la piel hinchada, negruzca, las marcas indelebles de los dedos de una mujer hundidas casi medio centímetro, terminando en sendos agujeros negruzcos donde se habían hincado las uñas largas, corvas, como garras.

Pero el cadáver de Marvin Cole estaba solo. No había ni rastros de quién lo mató.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES
LOS TEMPLARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
SUEÑOS Y VIDA
DELINCUENCIA
LA TORTURA
EN TRANCE
SATANAS
SADISMO
LUTERO
EL F.B.I.
DRACULA
EL AÑO 2001

LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO ★ ONIROMANCIA
LA REENCARNACION
EL MERCADO DE LA MUERTE
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LA HONORABLE TRATA
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LAS HUELLAS DE LA MALDICCION
HISTORIA DE MUERTE
HISTORIA DE LA CIA
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL ★ EL FUTURO
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
VISION MEDIUMNICA



Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en America: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
6355 N.W. 36 Th Street Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. 40 PTS.